

RESISTENCIA DE TIERRA, AGUA Y VIENTO

Obras para teatro de títeres de Daniel Di Mauro

Desde hace algún tiempo trabajo en el propósito de llevar al teatro de títeres, la pasión de tres venezolanas, cada una de ellas, de características notablemente distintas, pero portadoras de una pasión irrefrenable. Cada una está signada por un elemento, así Bárbara es la tierra, María es el agua y Luz, el viento. Estando escritas las piezas sobre Doña Bárbara y María Lionza, la trilogía se demoraba debido a la dificultad para cerrar el círculo, pero la mano generosa de Iberescena, financió las giras que permitieron culminar el viejo proyecto.

Una serie se cierra y otra se abre, pues el presupuesto que facilitó recabar información esencial para “Loca de Viento”, con la cual se culminaba el conjunto que le da nombre a la presente publicación, también lo hizo para “La Colección del Peregrino” con la que se inicia la trilogía de hombres, también asociados a elementos: Lope es el fuego, Manaure es la piedra y Miguel es el hierro. Estas dos últimas piezas quedarán en el compromiso de ser escritas y publicadas, como siempre en el programa Multitud.

“La psicovenganza de Doña Bárbara” se puso en escena hace ya tres años, con Rebeca Ramírez en el rol de Doña Bárbara; Estrella Malavé encarnando a Marisela y yo mismo asumiendo los roles masculinos, lleva ya más de 40 representaciones, de guiñol, a lo largo y ancho de la geografía venezolana. “La ecorrebeldía de la diosa de Sorte” está en proceso de producción, con todos los muñecos, de varilla, ya elaborados, trabajaron en ellos el escultor Yul Pérez y la titiritera Laura de Rokha en los vestuarios y muy probablemente en el transcurso de 2009 la tengamos en escena.

“Loca de viento” ha sido escrita pensando en títeres de mesa o al menos en una mezcla de mesa y guantes, el carácter de Luz, romántica, tierna y sacrificada, va más con el ritmo de las marionetas de palo.

“La colección del peregrino” exige la construcción de un dispositivo de madera que sea puente, barco, fortaleza y muchos otros lugares donde un actor deambule, usando muñecos de diferente técnica e índole y como la decapitación es frecuente, sugeriría cabezas sin ropajes, manejadas a la usanza del guiñol, con vara o ambas.

Mujeres extraordinarias inspiraron a grandes escritores y el teatro de títeres las recreará con la gracia y el desenfado que le son propias, con el propósito de graficar y difundir el espíritu inquieto y trasgresor de la mujer venezolana.

LA PSICOVENGANZA DE DOÑA BÁRBARA

en 7 escenas para una pareja y siete títeres

*Basado en el pastiche “La Psicovenganza de Nico Foliato” de
Francisco Nieva y en la novela “Doña Bárbara” de Rómulo Gallegos.*

*En nuestra historia de títeres,
el espectro de la temperamental matrona llanera,
regresa para hacer justicia.
Quiere tomar venganza sobre aquellos que de alguna manera
la despojaron de todo y la arrojaron al pantano.
Vuelve a poner orden,
y si antes desapareció en el tremedal,
ahora se propone cabalgar eternamente las llanuras estelares para vigilar
que sean los llaneros
y no otros, los que
extraigan los frutos de la tierra.*

LA PSICOVENGANZA DE DOÑA BÁRBARA

PERSONAJES:

Espectro de Doña Bárbara

Marisela

Juan Primito

Mr. Danger

Santos Luzardo

Socio

Melquíades Gamarra

Escena 1

MARISELA: Si el buen Lorenzo Barquero, mi padre, me hubiera anunciado que éste sería mi destino, sencillamente... no lo hubiera creído. ¿Cómo iba yo a imaginarme que Santos Luzardo, la viva imagen de la sensatez y la caballerosidad se fijaría en mí, que era un animalejo salvaje de estas tierras bárbaras? Nunca soñé tanta dicha y en tardes como la de hoy, miro el cielo llanero y lo siento como si fuera mío, como si por algún artilugio inexplicable me perteneciera. Alcaravanes, chicuacos y turpiales, trinen estridentes para la radiante Marisela, almita jovial de alegría sin límites...

VOZ DE MELQUÍADES GAMARRA: Linda Marisela, escóndete donde puedas. Te advierto que doña Bárbara ha regresado de la espesura y dice que viene a matarte.

MARISELA: ¡Cielo santo! Esa voz, que me resulta conocida, me advierte que mi propia madre viene a hacer justicia... quisiera correr y evitar mi muerte pero no puedo, siento como si el terror me impidiese activar las piernas... no puedo moverme del susto... ¡me dejaré matar aquí! Quedaré en el suelo convertida en estatua viviente, mi sangre alimentará la vastedad... ¡aquí acabarán mis pecados! ¡Cristo, eres dominado por la fuerza del demonio! Con dos te veo, con tres te ato, tu sangre bebo y el corazón te parto...

DOÑA BÁRBARA: (*Machete en mano*) ¡Al fin te encuentro, odiosa hija del averno! ¡Rata de las marismas malsanas! No volverás a mirar este llano sin verlo

rojo como la sangre que saldrá de tus cuencas... te metiste en la cama de mi hombre y te fuiste adueñando de todo lo que me pertenecía.

MARISELA: ¡Por los poderes del Arauca, perdóname, madre! Si no me importaste fue porque ya tú me habías negado. En un tiempo te miraba con admiración y quería tu amor pero tu me aborrecías... ¿matarás también a mi Santos?

DOÑA BÁRBARA: Si eso te consuela te digo que sí. Juntos harán el mismo viaje y con ustedes irán al infierno todos los que me traicionaron, los que abandonaron a la matrona del llano.

MARISELA: ¡Ay, que la justicia divina es cruel! Dios nos atenaza, Dios nos ahoga. Sumisión, aceptación, resignación, sumisión, aceptación, resignación. ¿Y si mataras sólo a Luzardo? Tu alma quedaría en paz...

DOÑA BÁRBARA: No te puedes frenar de ser mala. ¡Sufre tu agonía con las tripas desgajadas! Siente caer tus intestinos y resbálate con ellos enredándote con entrañas y muerte.

MARISELA: ¡Ay, que si me matas, matas a la casi virgen! A la que tu vientre dio al mundo ¡primero me traes y ahora me llevas! ¡Voy y vengo de tu mano indecisa! No me mates, madre.

DOÑA BÁRBARA: ¡Muere, perra! Tu muerte será bálsamo para mi llano burlado con tesis de decencia ciudadana. ¡Toma! Me quedaría a verte sufrir pero debo buscar a los otros. He jurado venganza y a esa promesa la cumplo (*La machetea reiteradas veces y desaparece mientras Marisela grita atormentada*) ¡Toma! ¡Toma! ¡Toma!

Escena 2

MARISELA: ¡Qué hiciste, bestia mala! Matar a la propia hija... debería darte vergüenza. Siento cómo se me escapa la vida y tú corres como una iguana resabiada y traicionera...

JUAN PRIMITO: ¡Mi niña, mi niña Marisela! ¿Por qué se revuelca en el suelo de ese modo? Déjeme ayudarla a ponerse de pie.

MARISELA: ¿No ves, Juan Primito? ¿No ves que me desangro irremediablemente? Ella, la bruja de El Miedo, tu jefa ha venido, se ha vengado y se ha ido.

JUAN PRIMITO: ¡Ha regresado! Quisiera saber si viniste por mis plegarias o por tus propios medios, diosa del Arauca. Hoy, nuestros pájaros beben lo que les de, con razón revoloteaban desde temprano. Ya sabía yo que tu socio no te abandonaría. (*Corre al techo del hato El Miedo donde ofrece sangre a los pájaros*) ¡mira, Bárbara, mira cómo picotean las taparas los endemoniados rebullones en las techumbres!

VOZ DE MELQUÍADES GAMARRA: Juan Primito, escóndete donde puedas. Te advierto que doña Bárbara ha regresado de la espesura y dice que viene a matarte.

JUAN PRIMITO: ¿A mí? ¿Por qué a mí, si yo he sido siempre su fiel servidor? ¿Qué ganaría con matar a su esclavo? ¡No! ¡No me merezco esta suerte! Mira mis manos, Bárbara y las verás manchadas con todas las fechorías que hice por ti. Abre mi cabeza y verás que mis pensamientos siempre fueron para ayudarte, abre mi corazón y verás dentro de él tu imagen resplandeciente...

DOÑA BÁRBARA: ¡Ay, Ya! Deja la cháchara. He venido a matar todo lo que se mueve por estos lares. Ya maté a mi hija aborrecida y ahora mato al rufián malparido. Mato por principio a todo aquello que me fue infiel.

JUAN PRIMITO: ¡Pero por qué a mí! ¿No he sido siempre tuyo?

DOÑA BÁRBARA: No siempre, te he visto presumiéndole a los de Altamira con tu carita de yo no fui. Creíste que ya no volvería pero te equivocaste de medio a medio. Ahora dejaré en este sucio techo, tu cabeza de ganso idiota y me iré a buscar a los otros ¡vicioso, arrepiéntete de tu infidelidad que vas a morir!

JUAN PRIMITO: ¡Ay, que yo jamás hubiera imaginado que mi muerte sería en tus manos y si he pecado te pido que perdones a este pobre disminuido, a este engendro de la llanura!

DOÑA BÁRBARA: No te arrepientas si no quieres, pero agarra fuerte tu cabeza para que no rebote en el suelo, salpicando el techo a dos aguas de mi antigua casa.

JUAN PRIMITO: ¡Bestia furiosa y arbitraria! ¡Tú te arrepentirás, matrona del desierto! ¡Mátame si quieres! Fui, soy y siempre seré tuyo, mira, pongo lujurioso el cuello para que te sacies.

DOÑA BÁRBARA: ¡Toma, insano! (*Lo machetea repetidas veces en la cabeza y sale corriendo*)

JUAN PRIMITO: ¡Ay, ay, miren, tomen fotos, vengan a burlarse del cretino sabanero, del que entregó su cabeza lealmente ¡acudan los curiosos a morbosearse con el descabezado! Vengan a beber de mi aorta y de mi yugular! Que venga el coro y haga comentarios lascivos... pero... ¿qué pasa? ¿Nadie viene? ¿Ni siquiera el mismísimo demonio?

MR. DANGER: *(Con leve acento anglosajón. Apareciendo como del Averno)* ¿Por qué grithas de ese modo, Jean Primito?

JUAN PRIMITO: Me jodí, me picó en dos ¡me reventó la cabeza!

MR. DANGER: Yo veo tu cabeza en su lugar. Cabecita aquí, cuerpito aquí... Pero bueno, sigue con tus pesadillas, muchacho que yo ya escucho voces divinas que me llaman a actuar con rapidez.

JUAN PRIMITO: Esto es algo demoníaco, el socio la está ayudando, no tengo dudas, finge matar pero no lo hace. Marisela también sintió la muerte pero no tenía heridas en su cuerpo, es todo tan extraño. Vino, se vengó y se fue con la velocidad del rayo... pero... ¿Mr Danger ... a dónde va, mister Danger?

MR. DANGER: Me parece que estás un poquito embrujado, muchacho... *(Sale Mr. Danger)*

JUAN PRIMITO: ¡Mister Danger, regrese! No crea que podrá burlarla, usted también sabrá lo que es el sabor de la venganza, usted también está en la lista de la dañera, de la devoradora de hombres. ¡Yo, Juan Primito, desde este techo ruinoso ofrezco mi cabeza al mejor postor! ¡He invocado al demonio y ha llegado el más peligroso y avieso de los habitantes del planeta! ¡Mr Danger, el terrorista! Se ha llevado a mis pájaros y todo el líquido rojo ¡le aseguro, Mr. Danger, que nada escapa a su furia de mujer engañada! ¡Nada! Ni los cañones de los buques atómicos, ni los misiles que apuntan a los pueblos que por accidente natural, tienen la tierra llena agua, petróleo y gas.

Escena 3

MR. DANGER: Si viene a buscarme que me encuentre bien provisto. Una botella de escocés y un 38 largo a repethición, un buen thrago y una esthrathegia global de extherminio, un informe redactado con premura y una larga listha de voluntarios negros y lathinos, unos cuantos aviones y el Amazonas será nuesthro, thodos los amigos nos darán la razón. Thoda esta barbarie debería

estar bajo nuestra protección. Tantha agua que el futuro mezquinará a los hombres de bien. El águila sabe de anexiones, fusilamientos sumarios y bombardeos quirúrgicos. ¡Apunthen hacia Bagdad y Naciriya! ¡Que no quede nada sano!

VOZ DE MELQUIADES GAMARRA: Mr. Danger, escóndase donde pueda. Os advierto que doña Bárbara ha regresado de la espesura y dice que viene a matarlo.

MR. DANGER: No importaba, estoy armado hasta los dientes. Lo único que me interesa de este inmundo páramo es decodificar el genoma de Barbarita para registrarlo debidamente... ¡Shet, no puedo mover mis piernas y mis manos se mueven como si estuviera gobernado por una fuerza sobrenatural! ¿Por qué me pasa esto a mí, que represento el orden, la bonanza y la moral cristiana?

DOÑA BÁRBARA: Aquí estoy, sátrapa lunático. Llegué guiada por el olor de tu hocico inhumano, por la podredumbre de tus pensamientos.

MR. DANGER: Anda, Barbarita, tomemos un thrago juntos, seamos aliados en esta guerra contra el mal. Ya sé que tu machete asusta pero no mata.

DOÑA BÁRBARA: He venido a hacer justicia, es una prerrogativa que me reservó el Hado. Los fatuos ponen su cuerpo y yo los flagelo con mi vara justiciera.

MR. DANGER: ¡Insensata! Juntos podríamos ser los dueños del mundo! ¡Mira a tu alrededor y no verás más que suciedad! Suciedad de un continente que se pudre en su propia barbarie y corrupción... ¿es que todavía no has entendido? Te ofrezco lo que quieras a cambio del petróleo y otras estupideces, lo único que tienes que hacer es abrir el bolsillo y ver cómo entra en él todo el dinero que jamás soñaste tener... no me mires con esos ojos, si he matado las leyes me protegen, nadie puede abrir causa legal contra quienes defienden la justicia y la libertad en el mundo. Soy inmune ¿entiendes? Inmune.

DOÑA BÁRBARA: Pues morirás, rata podrida, con todas las leyes que te protegen, verás cómo el sable libertario cae sobre tu frente y abre tu horrenda cabeza genocida. La humanidad agradecerá este día, los niños del oriente medio correrán libremente por los patios de sus casas sin descargas de metralla que temer, sin daños colaterales.

MR. DANGER: ¡So sorry, Barbarita! Nada tengo que ver con tus resentimientos de mujer traicionada. Si tu hija ocupó tu lugar fue por razones muy

ajenas a mis intereses geopolíticos. Si thus ayudantes declinaron debido a una narración que los despojó de toda gloria no fue por mi culpa. Busca a thus víctimas entre las cenizas de thus traiciones. Yo soy la cartha de triunfo, yo sólo me cambio por un póquer de ases.

DOÑA BÁRBARA: Tu boca babosa de perro rabioso se irá pudriendo muy lentamente en este llano generoso, ya que ni las alimañas querrán comer de ti. ¡Toma, serpiente! ¡Que se abra tu cabeza atormentada y que tu materia gris sirva al menos de abono de la mala hierba! (*Lo acuchilla con el machete repetidas veces*) Me quedaría a verte agonizando pero todavía me falta caer sobre el principal. Mi venganza aún no está saciada (*Sale presurosa*)

MR. DANGER: (*Delira*) ¡Ay! Mi dolor es el dolor del mundo ¡ay! Que mi muerte es el Apocalipsis nau ¡ay! Que los jinetes cabalgan el horizonte negro de muerte y napalm, ¡ay! Ya me figuro un mundo sin mí, plagado de ingenuidades, lleno de idiotas hablando del bien común y otras sandeces ¡ay! No puede abandonar Dios a quien lo ha promocionado como nadie y nadie puede dudar que mi administración está plagada de imágenes cristianas ¡ayyyy!...

SANTOS LUZARDO: Mr. Danger, sus gritos se oyen hasta en las lejanías del alto Apure, dígame qué le sucede, hombre, qué lo atormenta.

MR. DANGER: Es esa infame bruja del llano que ha vuelto. Su naturaleza vengativa la ha ennegrecido y donde hay virtud sólo ve inmundicia y donde hay bondad ve crueldad y perfidia.

SANTOS LUZARDO: Bárbara ¿Mr. Danger, se refiere a Bárbara? ¡A doña Bárbara!

MR. DANGER: ¿Quién sino ella pudo haberme herido mortalmente? El resto del mundo me teme y me respeta.

SANTOS LUZARDO: Usted no está herido ¿de qué habla?

MR. DANGER: ¿No? Ahora lo veo claramente, tenía razón Jean Primito, ella se aparece, amenaza y nos aterroriza, pero su agresión, que parece física, está sólo en el terreno moral. el espectro de esa mujer se aparece y sin saber por qué, quedamos a sus expensas. ¡Ahora lo veo claro! Sólo los pecadores somos víctimas de este terrorismo que no tengo dudas, ha sido planificado en la Cuba castrista. Esta mujer puede tener ocultas en el llano, armas bélicas de destrucción masiva. Dígame Santos ¿No

aprobaría usted una incursión aérea de bombardeos de mis muchachos, los marines?... son muy buena gente...

SANTOS LUZARDO: Usted exagera, Mr Danger, yo ire a ver cómo puedo adelantarme a este ser inexplicable.

MR. DANGER: ¡Santos, le estoy hablando! ¡No se vaya, Santos Luzardo! ¡Usted no puede permitir que mis intereses se hundan en este lodo! ¡Usted es mi aliado, Santos! Regrese, Santos Luzardo ¡Usted es mi testafarro, Santos! (. Santos Luzardo sale corriendo. Mr. Danger llora desconsolado mientras se sumerge en el lodo)

Escena 4

Se oye un joropo recio. Por el centro del retablo bailan Marisela y Santos Luzardo

MARISELA: ¡Ay! Nada como un buen joropo para darle fuerzas al espíritu...

SANTOS LUZARDO: Es verdad... Hubieras visto, Marisela, lo atormentado que estaba ese pobre Mr Danger... ¡Pero este patio de Altamira tiene la fuerza de los Luzardos! ¡Y aquí no vendrás, engendro del demonio! Las columnas que sujetan la casa son como escudos de nobleza y señorío. Y si te manifestaras aquí, como hordas salvajes, esta arquitectura te inhibirá y te expulsará sin atenuantes...

MARISELA: ¿Qué pasa, Santos? ¿Ha llegado ella?

SANTOS LUZARDO: Aun no, Marisela, pero puede que entre de un momento a otro.

MARISELA: Los ataques son cada vez más espaciados, ¿será que pierde fuerza? Seguramente es un espíritu insobornable que encarna la obstinación del Señor... y se ha desdoblado para darnos el mayor de los sustos que se le puede dar a un ser humano...

SANTOS LUZARDO: ¿Y cual es, Marisela?

MARISELA: ¡Matarlo! ¿Quién puede acostumbrarse a este sobresalto de tener que morir una y otra vez? ¡El cielo es maligno, Santos! ¡Yo, que te lo digo!

SANTOS LUZARDO: Marisela, ¿realmente, tu crees que los santísimos sacramentos estén apoyando esta aventura?

MARISELA: No tengo dudas. Mi madre ha tomado el cielo por asalto y encuentra muy divertido jugar con nuestras culpas.

SANTOS LUZARDO: ¡Pero es que sólo es una apariencia de muerte! Ha matado a varios pero ninguno ha muerto ¡todo esto es una sucesión de mentiras! ¡Es un fraude!

MARISELA: Si, pero ¿quién puede acostumbrarse a morir infinitamente? Esta es la peor de las muertes, Santos, ya que se da en forma regular y sistemática. Dios es complicadísimo...

SANTOS LUZARDO: Amen...

MARISELA: Malintencionado...

SANTOS LUZARDO: Amen...

SANTOS LUZARDO: Estoy seguro, Marisela, este espíritu burlón se irá debilitando hasta desaparecer por completo... si Dios lo permite.

MARISELA: Y te aseguro, mi amor, que permite muy pocas cosas.

VOZ DE MELQUÍADES GAMARRA: Santos Luzardo, ponte a salvo. Se me ha permitido advertirte que doña Bárbara ha regresado de la espesura y dice que va a matarte en lo que termine su reunión con el socio. ¡Ja, ja!

SANTOS LUZARDO: ¡No me engañas Melquíades Gamarra! Conozco tu voz. No te prestes a este juego sucio de venganzas y ajustes de cuentas. Allá en Rincón Hondo te dejé bien muerto ¿recuerdas? ¡Ah, pero ahora te envalentonas porque eres inmaterial! Pues te repito que no te temo, Melquíades Gamarra ¡no te temo! (*Llora*)

MARISELA: Déjalo, Santos, no le prestes atención ¡cállense, voces locas! Mala peste de la llanura ¡callen, sayonas y silbones! No sé cómo no les da vergüenza, hablarle así a un Luzardo.

Se abrazan, lloran conmovidos. La oscuridad del patio los va ocultando. Se abre una ventana desvencijada y quemada. Aparece Bárbara y un momento después el Socio.

Escena 5

DOÑA BÁRBARA: Te he invocado en El Macanillal, para que veas una de las obras de Santos. Aquí estaban mis muchachos, los Mondragones, cuando mandó a quemar todo.

SOCIO: Regresa a la espesura, Bárbara. Tú perteneces al tremedal... y ya nada ganas poniendo a padecer a estos oscuros habitantes del llano.

DOÑA BÁRBARA: Me falta uno, socio, el más importante de todos, ya tu sabes a quién me refiero.

SOCIO: Sí, a él... Santos.

DOÑA BÁRBARA: No estaré tranquila hasta que lo haya degollado al menos un par de veces.

SOCIO: ¿Tendrás fuerzas, Bárbara?

DOÑA BÁRBARA: Espero que sí.

SOCIO: ¿Y si declinas al tenerlo cerca, al mirarlo a los ojos?

DOÑA BÁRBARA: Entonces habrá triunfado nuevamente el petulante aristócrata que embaucó a mi hija, el patiquincito caraqueño de Altamira, habrá triunfado la tristeza de un pensamiento sifrino y estéril. Y no puedo permitirlo, socio, no puedo dejar que la imagen del llanero salga torcida de esta historia. Siento que debo poner las cosas en su lugar.

SOCIO: Tienes razón, te daré fuerzas, Bárbara...

DOÑA BÁRBARA: Gracias, socio.

SOCIO: Pero solamente para que lo decapites una vez ¡quiero un acto de justicia, no una carnicería!

DOÑA BÁRBARA: ¡Dos, por favor, socio! ¡Solo dos!

SOCIO: ¡Con una estará bien! Que la psicovenganza de doña Bárbara le devuelva el carácter al llano, su personalidad, su destino.

DOÑA BÁRBARA: Eso mismo, socio, eso mismo.

SOCIO: Suerte, Bárbara y no dejes que tu corazón apasionado y puro, se apiade de quien te desprecia ¡Mírame! Todavía lo quieres... tiembblas como una niña asustada. Déjalos, mi niña, déjalos con sus culpas y dale a tu corazón enamorado, paz y reposo.

DOÑA BÁRBARA: ¡No! Deme fuerzas, socio, deme fuerzas para seguir mi venganza, mire que ya estoy a punto de culminar mi misión.

SOCIO: Tienes mi bendición. En el nombre del padre, del filio y del espíritu santo...
(Sale cantando. Bárbara lo saluda y luego grita)

DOÑA BÁRBARA: ¡Allá voy, Melquíades! Alerta al bandido, dile que nada en el mundo impedirá la decapitación y que su faz rodará por estos suelos de tierra y piedra.

Escena 6

SANTOS LUZARDO: (*Entrando*) ¿Oyes, Marisela? Las ranas y los grillos me hacen pensar que ya pasó el espejismo. Escúchalos, volvemos a la normalidad, el bien y el mal vuelven a sus lugares acostumbrados.

MARISELA: Es verdad, Santos, pero no estaré tranquila mientras no la vea esfumándose.

SANTOS LUZARDO: Sin embargo yo... ya no tengo miedo... y mucho menos a tu lado, mi amor.

MARISELA: Dios nos tritura, nos da de baja. Pero ya veo que tropieza, que tiene agujeros muy grandes en la estrategia.

SANTOS LUZARDO: ¿Y no será que todo fue un sueño, una ilusión, que por momentos creímos haber visto a quien, en realidad, nunca regresó?

MARISELA: ¡Oye, Santos!

SANTOS LUZARDO: ¡No oigo nada!

MARISELA: ¡Precisamente! ¡Otra vez el silencio! ¿Será que vuelven las moiras, las gónadas, las erinias? ¡Las furias vengativas!

VOZ DE MELQUÍADES GAMARRA: Santos Luzardo, ponte a salvo. Se me ha pedido te anuncie que doña Bárbara ha culminado la reunión y dice que va a decapitarte. ¡Ja, ja! Tú también, Marisela. Agarra fuerte tus tripitas.

MARISELA: ¡Ay, no! ¡A mi ya me mató!

VOZ DE MELQUÍADES GAMARRA: ¡Esto! Esto recién empieza. ¡Corran, corran a protegerse!

SANTOS LUZARDO: Nos dice eso porque sabe que estamos imposibilitados de todo movimiento...¡por Dios, que no vuelva!

MARISELA: Yo la conozco, es terca y dura como un muro. Dios se comporta como un bandido y es tan infantil ¡No llores, Santos!

SANTOS LUZARDO: Aquí estoy, ángel exterminador, hembra salvaje, ven y prueba si tu cuchillo es capaz de atravesar este cuerpo, ¡este pecho!

DOÑA BÁRBARA: (*Aparece*) Voy a matarlos a los dos (*se miran*)

MARISELA: (*Nerviosa*) Anda, Santos, dale un apretón de manos y que se esfume y quedamos como amigos. Mira que esto de vengarse eternamente es insoportable ¡Anda, Santos!

SANTOS LUZARDO: Deja que hable, Marisela ¡cállate! Mírala, está por decirnos algo.

DOÑA BÁRBARA: Menos mal que los encuentro juntos a los dos y aún tengo fuerzas para abrirles el vientre a ambos. Pónganse cerca uno del otro para abrirlos de un tajo.

MARISELA: Ni sueñes con que voy a colocarme para que me pinches, ya me lo hiciste una vez y con eso basta.

DOÑA BÁRBARA: Los odio tanto que no sé ni por quien empezar. ¿Será contigo, Marisela?... O contigo, Santos... estoy cansada, lo confieso...

MARISELA: ¡A buena hora, cobarde! Después de tanto matarnos y de tantas alharacas ¡Eres un fraude! ¡Una pelagatos! Mira Santos, ha perdido poder, puedo caminar, ir a donde quiera, ¡es más, me voy! (*Sale*)

SANTOS LUZARDO: (*Grita hacia fuera*) ¡Estamos salvados, Marisela! (*A Bárbara*) Obviamente tu poder ha disminuido, aunque puede ser un repliegue momentáneo, una táctica bien meditada.

DOÑA BÁRBARA: Toda la llanura cabe en este pecho loco que ha odiado y amado como pocos y al culminar mi venganza se irá libre a recorrer galaxias. Pero cuando te miro a los ojos, Santos, cuando te miro a los ojos, recuerdo que soy mujer y... me asfixio, debo terminar pronto con esto.

SANTOS LUZARDO: Admite que si me apropié de todo lo tuyo... fue por la estricta voluntad de don Rómulo, él fue quien puso en mi aquella fortaleza y voluntad de espíritu...

DOÑA BÁRBARA: Eso es verdad, en condiciones normales no habrías tenido la menor oportunidad frente a Melquíades o Balbino y aquel potro que se dice que domaste...

SANTOS LUZARDO: ¡Al potro sí lo domé!

DOÑA BÁRBARA: Ese potro no te hubiera dado ni siquiera la ocasión de acercarte.

SANTOS LUZARDO: Al menos reconóceme que quise cambiar la moral del llano...

DOÑA BÁRBARA: ¿Cambiar qué? Eres más de lo mismo, cambiaste una ley por otra, pero la verdadera ley del llano la conocen los llaneros, aquellos que salieron de su fango, que nadaron en sus ríos y se debatieron contra las inundaciones y las quemadas para no perderlo todo.

SANTOS LUZARDO: Se había idealizado tu figura, desde el mismo instante en que llegué a estas tierras ya me hablaban pestes de ti. ¡Tú eras la representante del mal!

DOÑA BÁRBARA: Y tú caíste en la mentira ¡lanza una mentira al aire y mil estúpidos se harán eco de ella... yo no era monedita de oro, pero tampoco lo que se hablaba... a veces me daba risa y les seguía la corriente pero otras veces me asustaba yo misma de las versiones que corrían sin descanso.

SANTOS LUZARDO: Y ahora, todo lo que se decía de ti... se dice de mi y al igual que tú, me aprovecho de esas voces y les saco partido. Dicen que tengo un pacto con el demonio y cada vez que aparece alguien destripado en la llanura, resulta que es obra mía.

DOÑA BÁRBARA: ¿Y no dicen que tienes morocotas a montones enterradas en lugares secretos?

SANTOS LUZARDO: Lo juran como si lo hubieran visto. Pero yo me río de eso, Bárbara, me río. Me río de todo lo que me pasa... porque en mis adentros... sé que me lo merezco.

DOÑA BÁRBARA: ¡Bah... los perdono a todos! ¡Aquí! En el instante de mi desmaterialización, el bien y el mal se van juntos dándose la mano. Lo bueno y lo malo como una ley natural de sobrevivencia. El remolino empieza adentro y se va hasta el infinito. *(Desaparece entre la bruma espesa y el viento)*

SANTOS LUZARDO: ¡No te vayas, Bárbara! ¡Bárbara! ¡Bár... ejem...

MARISELA: *(Entrando)* Ya sabía yo, Santos Luzardo, que volverías a triunfar sobre esa presumida altanera.

SANTOS LUZARDO: Hay que cambiar de vida, Marisela... dime ¿nos arrepentimos o no?

MARISELA: Yo no me arrepiento de nada.

SANTOS LUZARDO: Yo no sé que hacer... ¿la viste desaparecer?

MARISELA: Volvió al Averno, de donde jamás debió salir. Yo me lanzo a la vida ahora más que nunca. Los pecados que se comienzan han de terminarse. Aquí se hace y aquí se paga. Y todo por haber formado una parejita ideal. Recuerdo cuando le quité la cabuya con la cual te midió, si la hubiera amarrado a su cintura, te habría hecho suyo irremediablemente, mi amor.

SANTOS LUZARDO: Ella me llena de dudas, Marisela... me llena de dudas.

MARISELA: ¿Qué es lo que te pasa a ti, chico? Recuerda que por mis venas corre sangre apureña. Y ya sabes, si estás con dudas y temores, será mejor que te regreses pa` Caracas. *(Sale)*

SANTOS LUZARDO: Pensé que ya había superado mis pesadillas y tormentos, creí que ya todo había sido olvidado. Ella se fue, desapareció de pronto... pero no quiso herirme. Si lo hubiera querido hacer... *(Llora, aparece Marisela)*

MARISELA: ¡Calla, Santos! Y deja ya de lloriquear... *(Desaparece)*

SANTOS LUZARDO: ¡Volverán, Marisela, volverán! Volverán las culpas, los escrúpulos, las telarañas venenosas, las serpientes enroscadas... los remordimientos ¡Marisela! (*Apagón. Relámpagos*)

Escena 7

ESPECTRO DE DOÑA BÁRBARA: ¡Apúrate, Balbino Paiba! Pónmele los falsos a la bestia, luego el sudadero y aprieta bien el guardabastos, que si aquella vez me escabullí en los aguazales profundos, ahora cabalgaré sola el firmamento roncándole al carrao. Como un turbión de cieno y lodo penetraré el vacío para tocar el infinito con la garganta llena de acupe y el corazón como un trozo de cuero atravesado de lanza. Aquí, dejo la cuestión zanjada, maté y rehice a vaqueros y enemigas... pero ya es hora de dejarles el trabajo a los dueños de la tierra, a los que conocen sus entrañas y sabrán sacarle frutos, ya es hora de distribuir con equidad y justicia lo que fue repartido desde la época de la colonia... arrojaré el machete a la llanura para que su filo engendre jugo cósmico de identidad y torbellino en la vastedad.

Si, me da cierto temor ver que aún se mantienen los bizarros cobardones, viles y rufianes que alaban y adulan el poder imperial a cambio de migajas...

Voy vestida para ti, Asdrúbal, pero este negro no es luto sino atavío de novia póstuma.

¡Apúrate, Paiba! Trae pronto al alazano que ya parto, ahí les dejo las morocotas y las brujerías que las fantasías de los mediocres me endilgaron. Desaparezco cual cimarrón a caciquiar el cielo.

TELÓN FINAL
Agosto de 2004

LA ECORREBELDÍA DE LA DIOSA DE SORTE

Grotesco telúrico

*en 2 actos para una pareja y siete títeres
Basado en la leyenda de la diosa María Lionza.*

*He leído, para estructurar este texto,
muchos escritos sobre la Diosa de Sorte,
aunque me interesó especialmente, la
hermosa pieza teatral en verso de Ida
Gramko y la visión de la sacerdotisa
Beatriz Veit-Tané, quien le imprime al culto,
una fe comprometida y militante.*

LA ECORREBELDÍA DE LA DIOSA DE SORTE

PERSONAJES:

María Lionza
Froilán
Anaconda
Reina Guillermina
Don Juan del Pensamiento
Don Juan del Odio
Don Juan del Viento

En el escenario, un dispositivo que representa un altar al fondo y a los costados vegetación abundante. La actriz está de pie, frente al público.

PRIMER ACTO

Escena 1

Espejo de agua

MARÍA: Día claro... agua clara... al fin mis ojos pueden pasearse... al fin puedo observar el cielo, los pájaros y las nubes que lo adornan... la cadena de cipreses, robles y eucaliptos que bordean el lago. Mi rostro desconocido acaricia el aire y mis manos juegan contigo... agua clara y limpia... formando círculos concéntricos, salpicaduras y lluvia tenue... ¡con fuerza te arrojé hacia el cielo!... Pero bajas formando arcoiris y llovizna fresca. Mis dos manos acarician en el agua lo que parece ser mi rostro... pero rápidamente se diluye entre las piedras de fondo... se quiebra entre las ondulaciones del oleaje... ¡ya sé! Jugaré a verme... pondré mis manos en mis caderas para que la quietud haga el espejo... ¡Ahí te veo... María que soy! Tienes los pómulos blancos y los cachetes enrojecidos por el frío de la madrugada, los ojos claros y profundos como dos cavernas iluminadas con fuego... y los cabellos negros como la noche en la tormenta... (*Pausa larga, transición*) Ahora cambias... ya tu mirada no es dulce, María, sino amenazante ¿cómo puede cambiar así mi expresión si mi corazón está lleno de alegría y paz?

ANACONDA: No son tus ojos los que ves ahora, hermosa princesa caquetía, hija de Yaracuy y discípula del gran del sabio Manaure.

MARÍA: ¿Si no son míos... de quién son? Que me escrutan con apetito voraz.

ANACONDA: Del dueño de la laguna.

MARÍA: Ella no posee dueño, la gobiernan las almas de todas las bestias que la habitan.

ANACONDA: Yo soy el arriba y el abajo, lo negro y lo blanco, lo tibio y lo frío... pero tus ojos, princesa, son la perdición de tu raza ¡tus ojos no debieron ver este valle!... Ahora emprenderás el largo viaje hacia las profundidades de esta agua milenaria.

MARÍA: ¿Quién eres? ¿Por qué amenazas a la hija del gran cacique guerrero?

ANACONDA: Ya me miraste a los ojos y de ellos no se regresa nunca ¡mira mis pupilas y observa mi único brazo, con él puedo apretar la montaña descomunal y hacer gritar a sus piedras y ramajes ¡te encontré, María! ¡Serás mi esposa!

MARÍA: ¡No me lleves! He sido elegida para guiar a mi pueblo hacia las más altas cumbres.

ANACONDA: Tus gritos me hacen el efecto contrario, en lugar de amedrentar, me estimulan a disfrutarte ¡no te opongas!

MARÍA: Desde la cima seré estratega y oráculo ¿no lo ves? ¡Puedo adivinar el futuro! Si insistes en mi secuestro, verás inflamada tu larga anatomía hasta estallar en mil pedazos.

ANACONDA: Princesa ojos de vidrio (*Tomándola*), tuyo será el reinado de las profundidades. El trono te espera impaciente en tu castillo de agua ¡no opongas resistencia, hermosa María!

MARÍA: (*Mientras desaparece*) ¡Espíritus de la montaña, caimanes y felinos, vengan a maltratar a la bestia que irrespetó a su madre protectora... a la bestia de la cual... no puedo apartar mi mirada...

Escena 2
Ron y tabaco

MARÍA: (*Rezándole al Supremo*) ¡Ay, Padre! Por tu poder inmenso, por los siete espíritus de inagotable fuerza, dame la luz para reagrupar mi raza y para guiarla hacia su salvación. No dejes que las estrellas ni la cruz de madera me maldigan y me maniaten, ni que el cielo caquetío borre mi ilusión de ver a los niños bailando y riendo.

¡Ay, padre! Supremo e infinito, tú que brindaste generosidad a mi padre sanguíneo para que perdonara mi vida del sacrificio al que me exponían mis ojos claros como el agua, no permitas que el Satanás que llega en barcos ultramarinos, quiebre el alma de mi pueblo, laborioso y sencillo.

¡Ay, padre! Virtuoso y sabio, dame el arte y la ciencia para tomar las decisiones adecuadas tanto en el amor como en la guerra y muéstrale al invasor sin alma ni fuero interno, que cuando los pueblos luchan con humildad y coraje para defender su esencia, no es posible derrotarlos ya que aún su muerte física, significará vida y alegría si se llega a ella luchando.

¡Ay, padre! Amoroso, que proteges toda la creación, animada e inanimada, os pido que me entregues los dones, el carisma y la sabiduría que me exige la responsabilidad de amarlos tanto... de tenerlos a todos... bajo mi piel de madre.

Escena 3
Noche de Guama

MARÍA: Al reventar la anaconda, tres veces tembló la tierra, tres veces tembló el mar... y tres veces tiemble tu corazón, Froilán, cuando escuches mi nombre en la noche... cuando sientas mis pasos en la oscuridad, cuando bebas el agua clara que brota de mi vientre.

FROILÁN: Hoy tu cintura está tibia, como el aliento de los rumiantes, como la breve gota de rocío que almacenan las flores. Hoy tu boca es un manjar tan delicioso, María, que el oso pardo jartándose de miel me envidiaría. Hoy tus senos son como la madrugada del mundo, te invita a vivir y su promesa es la

luz y el trinar de los pájaros... ¡no viajes reina mía! Te lo pido, no viajes o... espera un poco, unos días...

MARÍA: Debo hacerlo, amor... y tú vendrás conmigo.

FROILÁN: ¡No puedo!... Mira mi madre... enferma y postrada.

MARÍA: Tráela con nosotros, la selva es inmensa y generosa en extremo ¡Allá será libre, Froilán! Allí podrá levantar la frente para mirar con dignidad.

FROILÁN: No puedo llevarla, María, se cubre con mantas y tiembla con escalofríos al calor del mediodía.

MARÍA: Déjala entonces con alguna comadre, ya vendrás a buscarla, amor mío. Me haces falta, la peregrinación será dura, los hombres se cansan de llevar las cargas, los peroles y se llenan de furia y violencia.

FROILÁN: Entonces no vayas ¡olvida todo esto! Aquí estaremos juntos, amándonos. Siente mis manos, son fuertes, muy fuertes, son manos de leñador... ¿no te dicen ellas que toda mi vida será para cuidarte?

MARÍA: Vamos entonces, Froilán. Necesito que en Sorte me cuide un hombre hermoso y fuerte... camino a la cumbre... a la cima de la montaña.

FROILÁN: ¿No podemos combatir aquí? Todos mis amigos están dispuestos a morir en la lucha.

MARÍA: ¡Ellos están equipados, mi cielo! Tienen arcabuces y cañones... matarán a los que se opongan sin misericordia... los guía el ansia de dominio y conquista... y el odio ¡vamos a la montaña!

FROILÁN: ¿Cómo pretendes salvar a todo tu pueblo? Eso es imposible...

MARÍA: Solo a los que me sigan.

FROILÁN: ¿Quién eres, María? Eres llena de gracia y sufrimientos ajenos, eres sacerdotisa y curandera... ¿Quiénes pronunciaron por primera vez tu nombre? María Yara... Uyara... Arahua guardiana y adivinadora, clarividente y misericordiosa, amante milagrosa... ¿quién te llamó María? Quién te erigió en jueza de almas perdidas, de seres confundidos... bestias violentas que suavizas con el olor de tus senos, de tu líbido insaciable.

MARÍA: Basta, Froilán... ven, abrázame.

FROILÁN: ¡Bautízame tú!

MARÍA: Ya, Froilán...

FROILÁN: Y después arrójame libre al mundo que me amarra cada mañana. Dios te ha dado poder... pues bríndame unas migajas y deja que mi madre sane y que si me faltas... ¡alguien me ame! Me busque... me anhele.

MARÍA: Te daré todo lo que pides amado mío... ahora arrójate sobre mi y lléname de alegría...

FROILÁN: ¡Dame las señas y sabré que me has escuchado!

MARÍA: ¿Cuáles señas? De qué hablas...

FROILÁN: Que llore el niño, que cante el gallo, que ladre el perro, maúlle el gato y suenen las puertas con golpes idénticos.

MARÍA: Basta ya, chico.

FROILÁN: No quiero que vayas, me da miedo por ti.

MARÍA: Entonces ven conmigo y estaré más segura.

FROILÁN: Sabes que no puedo ¡María! ¿Quién le dará seguridad a toda esa gente?

MARÍA: Yo.

FROILÁN: ¿Quién les dará alivio, amor?

MARÍA: Yo. Cantaré en las mañanas, tocaré las aguas de los ríos para bendecirlas, rociaré de aguardiente con mi boca el aire que me lleve hasta la cima y si hace falta abriré mis venas para que se beba y purifique a los enfermos, a los cobardes, a los enjutos.

Escena 4

Entre lianas y zancudos

MARÍA: ¡Caminen peregrinos! La india caquetía les asegura que no serán mordidos de felino alguno, no serán picados de arácnidos ni serpiente, no serán lacerados con las espinas y lianas de la montaña. ¡Caminen peregrinos! Que los españoles vienen matando y quemando todo lo que encuentran a su paso. ¡Caminen peregrinos! Que hoy seré ave y reptil para la salvación de quienes me sigan hasta la cima, desde ella hablaré con el Padre Supremo, él sabrá ayudarnos a protegernos de los desalmados que cruzaron el océano levantando la cruz de madera y golpeando con el acero. ¡Caminen peregrinos!

Escena 5

Arriba en la cima

MARÍA: ... Hasta no venir en donde mi, Froilán
Manso y humilde a mis pies
Como llegó Jesucristo a los pies de Pilato
Paz, Cristo... paz, Cristo... paz, Cristo...
¡Que lllore el niño, que cante el gallo, que ladre el perro
Que maúlle el gato y suenen las puertas con golpes idénticos!

REINA GUILLERMINA: Te escuché, María.

MARÍA: Lo invoco cada vez que puedo... lo guío.

REINA GUILLERMINA: ¿Para qué? ¿No tienes un pueblo entero que necesita cada segundo de ti? ¡Ese amor te vuelve loca, te desencaja!

MARÍA: ¿Tu también, Guillermina? ¿Tú también crees que estoy loca?

REINA GUILLERMINA: ¡Acabo de escucharte!

MARÍA: ¡Es mi amor! El me hace falta.

REINA GUILLERMINA: ¡No puede! No puede hacerle falta nadie a la diosa, a la reina, a la madre de todo un pueblo. *(Se oyen golpes a la puerta)*

MARÍA: Alguien me requiere...

REINA GUILLERMINA: Todos... los enfermos, los frustrados, los desencantados, los envidiosos...

MARÍA: Y yo soy de ellos...

REINA GUILLERMINA: De los angustiados, los deprimidos, de los que se afanan por el triunfo y la fortuna.

MARÍA: ¿Y ellas?...

REINA GUILLERMINA: Las que mienten, las que buscan éxito con los hombres, las que amarran a sus maridos, las que sueñan con fortuna fácil.

MARÍA: También aquellas pobres madres con hijos de padres múltiples a quienes nadie les arroja un hueso para su sopa.

REINA GUILLERMINA: Los abandonados a su suerte. Todos ellos están allí, del otro lado de la puerta.

Escena 6

Estrategia y escaramuzas

DON JUAN DEL ODIO: ¡Me molesta que cuando cumplo con lo prometido, no se me ofrende la virginidad de alguna hija!

MARÍA: Ya lo harán, Don Juan del Odio, todo es cuestión de tener paciencia.

DON JUAN DEL PENSAMIENTO: ¡Siete caverna hemos labrado en las rocas!
¡Siete cavernas para dar descanso a la raza!

MARÍA: Con siete estará bien.

DON JUAN DEL VIENTO: Se sacrificaron siete gallos. Uno en cada caverna, cada gallo será un año próspero. Cada gota de sangre caída, un río caudaloso.

MARÍA: Yo los bendeciré Don Juan del Viento ¡que traigan más gallos! Que los centinelas sean reemplazados, que las niñas besen las manos de los labriegos.

DON JUAN DEL ODIO: Cincuenta cazadores blancos preparan una emboscada en la Sierra de Nirgua, traen lanzas, trabucos y arcabuces.

MARÍA: Que marchen los caaperas a su encuentro con sus dagas y machetes y que traigan sus cabezas como prueba de triunfo, Don Juan del Odio.

DON JUAN DEL PENSAMIENTO: Se han levantado veinticinco torreones, atalayas seguros para los que vigilan todo movimiento.

DON JUAN DEL VIENTO: Los espíritus inferiores bailan la Tura en las afueras de la ciudadela. Ellos fertilizan el suelo siembran la fuerza en nuestros guerreros.

REINA GUILLERMINA: ¡Traigan la danta! ¡María hará un recorrido por todo Sorte! Visitará las siete cavernas, los veinticinco torreones y llegará hasta Chivacoa viajando por las aguas del río Yaracuy.

MARÍA: Iré por los charcos, los ríos y también por las lágrimas profundas de mi corazón herido. ¡Corte negra! ¡Corte india! ¡Corte Viquingo! Hoy mi serenidad será furia y mi ecuanimidad será cólera ¡Tráiganme a la onza cazadora! ¡Afilen los cuchillos que bajaremos danzando los desfiladeros encantados para zurrar a los que se hayan atrevido a adentrarse en territorio santo!

DON JUAN DEL VIENTO: Mírenla, va rauda como el viento que se filtra en los caños. Los dueños y los sátiros van tras suyo... ella es un torbellino huracanado.

DON JUAN DEL ODIO: Bien dicho, Don Juan del Viento... pero lo más importante... desde allá arriba, algo muy poderoso la ilumina.

REINA GUILLERMINA: Exactamente, Don Juan del Odio, y sacará del camino a Froilán y a todos los intrusos que pretendan su exclusividad ¡ella es nuestra!

TODOS A LA VEZ: ¡Nuestra!

SEGUNDO ACTO

Escena 1

En el Templo de la Diosa

REINA GUILLERMINA: Aquí llega el galán ¡eh, villano! ¿Qué haces en el templo de la diosa?

FROILÁN: La Reina Yara escuchó mis peticiones y he venido a entregarme como ofrenda.

REINA GUILLERMINA: ¡Véanlo al vanidoso! ¿Y qué fue lo que te devolvió la reina?

FROILÁN: La salud de mi madre.

REINA GUILLERMINA: ¿Y qué vas a ofrendarle de ti, vulgar paisano?

FROILÁN: Voy a recordarle el amor pasado, tumbándola cual hembra entre los arbustos, agarrándola bien duro de la cintura, hasta ver brotar de su hermosa piel, jugos de loba.

REINA GUILLERMINA: ¡Cállate, irreverente!

FROILÁN: ¡Hombre agradecido!

REINA GUILLERMINA: ¡Vete de aquí, te digo que te vayas!

FROILÁN: Ni me voy ni me quita nadie del camino: Lloró el niño, cantó el gallo, ladró el perro, maulló el gato y sonaron las puertas. La reina Yara me mandó las señas, y no voy a defraudar su pedimento.

REINA GUILLERMINA: ¡Hablas como estúpido! ¿No ves que si quiero te quebranto, te atosigo?

FROILÁN: Vieja fea y petulante ¿quién eres para interponer tu humanidad a la voluntad de mi reina?

REINA GUILLERMINA: Te advierto, Froilán, que tengo suficientes poderes, si quiero te aparto, te maniato y te dejo mudo ¡te lo advierto!

FROILÁN: Me voy de aquí... pero no abandono mi propósito.

REINA GUILLERMINA: ¡Desaparece de mi vista! Que si me arrepiento sabrás lo duro que es colgar cabeza debajo de un araguaney. (*Sale Froilán y entra María Lionza*)

Escena 2
Amante indecisa

MARÍA LIONZA: Me pareció verlo correr... ¡dime si estuvo aquí, contigo!

REINA GUILLERMINA: ¡Qué bueno que llegaste, Reina María! Si, por allí anda tu galán, ya lo puse en su sitio ¡tiene unas ínfulas! Se siente el dueño de la especie humana, o mejor... del género femenino, no respeta en lo más mínimo...

MARÍA LIONZA: Hace tanto que no lo veo... ¿cómo es?

REINA GUILLERMINA: No es feo... Tiene la mirada del hombre rudo...

MARÍA LIONZA: ¿A dónde fue?

REINA GUILLERMINA: Lo mandé a la selva a dormir con las alimañas.

MARÍA LIONZA: ¡Ay! No debiste hacer eso, Guillermina ¿Por qué castigar un alma agradecida? Tuve en mis manos la salud de su madre y le envié las señas para que supiera que lo recibiría

REINA GUILLERMINA: El prefirió la comodidad de su casa cuando hicieron falta brazos fuertes empuñando machetes para abrirnos paso en la subida (*Sale la Reina Guillermina*)

MARÍA LIONZA: ¡Ay! La noche es fría y peligrosa... habrás buscado, amor, un rincón que te proteja de los vientos... yo quisiera darte amparo en mi templo, pero la Reina Guillermina está celosa de ti... y no la culpo. Cuida a los fieles, a los devotos.

Escena 3
Socorriendo la fiebre

DON JUAN DEL PENSAMIENTO: Cuando te escucho llorando, reina, es como si sintiera el dolor en mi propio cuerpo.

MARÍA LIONZA: Déjame tranquila, Don Juan del Pensamiento.

DON JUAN DEL PENSAMIENTO: No podrás estar tranquila, ni conciliar el sueño... mientras sientas la tentación de aferrarte y besar su pecho de roble y tierra fresca.

MARÍA LIONZA: ¿Sabes dónde está?... Dile que se vaya y que su ausencia será mi mayor penitencia.

DON JUAN DEL PENSAMIENTO: Ese hombre no se va sin compañera, si no es la reina buscará otra hembra en lo profundo de la selva.

MARÍA LIONZA: ¿Quieres ponerme celosa, Don Juan del Pensamiento? Dime de una vez dónde está, que estoy segura debe estar cerca, siento su olor, su transpiración de leñador endemoniado.

DON JUAN DEL PENSAMIENTO: Ven, Reina María, abriré el portal y te indicaré el camino.

MARÍA LIONZA: ¡Huele a sándalo, Don Juan del Pensamiento!... a roble... a carne.

Escena 4

Ha cedido a la pasión

REINA GUILLERMINA: Me duele ser severa con la Reina Yara, aunque presiento que ella ha comprendido. Su rostro de diosa buena muestra la resignación que nos da la madurez y los inmaculados deberes celestiales.

DON JUAN DEL VIENTO: La reina esta noche... creo que no duerme...

REINA GUILLERMINA: Pobrecita, la visitan visiones y recuerdos...

DON JUAN DEL VIENTO: Y un gran tálamo como hacha que se clava en su entrepierna.

REINA GUILLERMINA: ¡Calla, procaz!

DON JUAN DEL VIENTO: María encontró dos soledades y le bastó un segundo para transformarlas en amor inseparable.

REINA GUILLERMINA: ¿Qué estás diciendo? ¿Que mi Reina María encontró al tal Froilán?

DON JUAN DEL VIENTO: Ni mas ni menos... y que juntos están echando leña al fuego... y que esa candela... puede provocar un verdadero incendio.

REINA GUILLERMINA: ¡No hables más, Don Juan del Viento! La Reina Yara ha cedido a la tentación y su pasión lejos de salvarla la condena... y también condena a su pueblo que lucha contra un enemigo genocida y sin alma.

Escena 5

Los enamorados planifican

MARÍA LIONZA: Ven, Froilán, abrázame y caliéntame otra vez, háblame bajito en las orejas, quiero que me susurres infinitas veces que me amas y que ya nada nos separará nunca.

FROILÁN: Amor, María, amor ansiado y soñado largamente, iré a preparar la barca para llevarte conmigo a la casa, donde nos espera la cama inagotable, con ventanas abiertas al sol y al verde de los campos que labraron estas manos.

MARÍA LIONZA: Ojala la barca sea cómoda y el viaje sea largo, para tenerte adentro mío, para saber lo que son la vida y la muerte sucesivas.

FROILÁN: Veo tus ojos y tiemblo, pienso en tu cintura y ardo en fuego, imagino tus muslos abrazándome y recuerdo tus gemidos que más que gemidos parecen el himno del mundo ¡Salgo a preparar la barca, amor! (*Sale Froilán y entra la Reina Guillermina*)

REINA GUILLERMINA: ¡Bueno, pues! Arrancaste a media noche olvidando todas las promesas.

MARÍA LIONZA: ¿Quieres hablar con la que fue Diosa o simplemente regañarme?

REINA GUILLERMINA: ¡Mal agradecida! Veo que ya no te importan los necesitados.

MARÍA LIONZA: Guillermina, si tanto te debes a ellos, mírame a mi como a una más. ¡Necesitada estoy de besos y caricias! Necesitada de un volcán desenfrenado, necesitada de locura, abrazos y ternuras, necesitada de hijos y sobre todo, de una cama.

REINA GUILLERMINA: ¿Y no te importa ya tu jerarquía? ¿Ser la Diosa amada y venerada? ¿No te importan los tormentos que pasamos, para llegar a nuestra tierra prometida? ¡El es un blando! ¡Y no lo niegues! ¡Blando y machista desalmado!... Cuando hubo que partir te dio la espalda y ahora que eres diosa te pretende... ¡ándate con él! ¡Ciega, insensible! Levantamos este altar immaculado, de respeto y amor por nuestra gente.

MARÍA LIONZA: Déjame, Reina Guillermina, me atosigan tus sermones, tienes tanta razón y al mismo tiempo... veo que no puedes comprenderme. *(Sale la Reina Guillermina y entra Froilán)*

FROILÁN: ¡Vamos, María! ¡Hace rato que te llamo desde el río! ¿No escuchabas los silbidos?

MARÍA LIONZA: ¿Por qué me gritas, Froilán, estás nervioso?

FROILÁN: Levanto la voz porque no obedeces y entre las cosas que desde hace mucho tiempo están escritas, hay una que dice: La hembra hace caso al macho ¿en qué pensabas?

MARÍA LIONZA: En tantos que abandono al irme contigo, Froilán amado.

FROILÁN: ¿Tantos qué? ¿Hombres?

MARÍA LIONZA: Si, hombres del pueblo, trabajadores honrados que creyeron en su diosa y me cuesta defraudarlos... ¿te imaginas, Froilán? Ellos rezando a sus deidades y yo contigo fornicando.

FROILÁN: No te entiendo... ¿quieres acaso tener... miles de amores?

MARÍA LIONZA: Si.

FROILÁN: ¡Ya sé! Quieres la devoción de multitudes, sentirte amada y no dejar a nadie insatisfecho...

MARÍA LIONZA: Si, los quiero a todos.

FROILÁN: ¿En cada admirador un amante?

MARÍA LIONZA: Si. Al mirarte rezongando te amo... y amo al zapatero y al albañil, al carpintero, al relojero, al escribano, al que luchó por su pueblo y al cobarde ¡los amo a todos, Froilán!

FROILÁN: ¡No voy a renunciar a ti! Soy hombre y te quiero para mi ¡ya te dejé ir una vez y a ese error no lo repito! ¿O fue todo una mentira?

MARÍA LIONZA: Todo es verdad, lo juro. Te miro y tiemblo todavía. Pero tú, si en verdad me amas, déjame ser lo que dispuso el ser supremo. Aunque me muera sola, aullando y sollozando, por no tenerte cerca.

FROILÁN: Pues no cuentes conmigo. No comprendo nada de tu teología, me asquearía verte sollozando tras las puertas de tantos adorados. ¡Te prefiero muerta! ¡Muerta! Antes que con todos ellos sumergida.

MARÍA LIONZA: Muerta... puede ser... tal vez muriendo vuelva a ser la que todos necesitan ¡agarra el cuchillo, Froilán! ¡Desgárrame el pecho con varias estocadas! Que ahora mas que nunca seguiré siendo la reina en Sorte ¡espléndida, pura e inmaculada!... ¿Entonces? ¿Te acobardas?

FROILÁN: Lo dije por decir...

MARÍA LIONZA: ¿Dónde está tu bravura de macho temerario?

FROILÁN: No me jurungues, María (*Agarra el cuchillo*)

MARÍA LIONZA: ¡Demuéstrame que eres osado!

FROILÁN: Si quieres... ¡toma! ¡Toma!... ¿Ves? No te puedo matar... nada te hiere... ya estabas muerta, tal vez, y yo no puedo darte vida. Mi navío me hará compañía... me voy solo y llorando (*Sale Froilán*)

Escena 6

Oráculo y guía

MARÍA LIONZA: Todo mi cuerpo, Froilán, es para amar a los hombres y mujeres del pueblo, para luchar sin descanso por los sueños de justicia y de progreso... ¡miraste mi aspecto, mi apariencia, Froilán! Pero no viste a la mujer comprometida... Comprometida en las luchas populares y con el cielo de aliado, lo cual el triunfo garantiza.

¡Don Juan de la Luz! ¡Lanza tu rayo en la neblina!

¡Don Juan del Viento! ¡Azota al enemigo con tu furia!

¡Don Juan del Odio! ¡Odia a los débiles vendidos!

¡Don Juan de las Aguas! ¡Transforma en lodazal el camino de los verdugos que invaden nuestra tierra saqueando y matando.

¡Don Juan de los Cabrones! ¡Entiende que no puedo ir con él! ¡Acepta mi decisión de ser oráculo y perdón, que mi patria me necesita!

Que si mi patria está triste, tristes estarán sus hijos y sólo estarán alegres cuando la conquisten. Y la hagan prosperar con sus manos y con sus sueños.

Yo, la reina María Lionza, estoy como mi patria, como mi tierra, como la semilla fecunda, esperando la gota de sudor, el agua clara, para levantarme germinando, con impulso sobrehumano.

TELÓN

Febrero de 2006

LOCA DE VIENTO

*Pieza en 6 escenas para una pareja y 6 títeres
Basado en el personaje que inspiró al poeta Andrés Eloy Blanco
para escribir el
“Palabreo de la loca Luz Caraballo”.*

*Gracias al apoyo de Iberescena, he recorrido, junto a Estrella, mi
compañera, pueblos y caseríos de los Andes merideños, buscando
información sobre aquellas mujeres que habiendo enviudado durante la
tiranía de Gómez, padecieron enajenamientos diversos y que el poeta los
recogió creando la figura inmortal de Luz Caraballo. De todas estas mujeres,
parece ser Blasa Rivas la musa principal.*

*Cuando el poeta es confinado al páramo durante la misma dictadura en
1932, ya hacía 5 años de la desaparición de Blasa Rivas, quien guiada por su
espacial orientación, sigue rumbo al norte para ya no regresar nunca.
Según el profesor Enrique Rivas, de Mucuchíes, diversas expediciones
buscaron viva o muerta a la mujer, sin resultados.*

LOCA DE VIENTO

PERSONAJES:

Luz
Clemente Augusto
Alpidio
María Elvia
Juez
Muerte

En el escenario, dos cubos negros, uno a la derecha, que es el norte y otro a la izquierda, que es el sur. En el punto sur, la ventana enrejada desde donde dialogará con su hija.

Dos manipuladores: la mujer guiará a Luz y hará la voz de María Elvia y el varón asumirá a Clemente Augusto, Alpidio, al Juez y a la Muerte.

ACTO ÚNICO

Escena 1:

Con Clemente en los riscos.

LUZ: *(Señalando el horizonte)* Ya está cerca el Pico del Águila, antes del amanecer estaré en Apartaderos. Quien me manda a buscar un esposo idiota y a tener un hijo imbécil.

CLEMENTE AUGUSTO: Pasemos la noche aquí y caminamos con la luz del día, Luz, en ese pedrusco estaremos protegidos del viento... yo lo prefiero...

LUZ: Mire que discutir en la taberna, que si este es bueno y aquel es malo ¿no sabe que debajo de cada piedra hay un sapo? ¡Ay, José Antonio, chico! Mandaste la familia al infierno... ¡y tú fuiste a parar a la Rotunda!

CLEMENTE AUGUSTO: ¡Sácalapatalajá! ¡Sácalapatalajá! ¡Sácalapatalajá! Esa palabra está prohibida por pavosa, Luz.

LUZ: El viento, siempre el viento que sube y baja... ¡y tu imprudencia, José Antonio, hombre!

CLEMENTE AUGUSTO: Llóralo y ya. No se puede andar vagando por los riscos mucho tiempo, Luz, ellos te cobran la osadía.

LUZ: Va a cagarse en el benemérito en la taberna... habrán salido corriendo los sapos a cantarle en la oreja... ¡ayyy, si serás bolsa, muchacho!

CLEMENTE AUGUSTO: Voy a preparar el nido... mañana seguimos, mi señora.

LUZ: ¿Y Alpidio? ¿Cómo voy a seguir mañana? ¿Y Alpidio? ¿Quién va a decirle a ese infeliz que se deje de pistoladas. Tengo que llegar a Apartaderos antes que el cielo claree, Clemente Augusto ¡que si no, me matan también al muchacho!

CLEMENTE AUGUSTO: Por suerte hay buena luna. Si no nos cubre la neblina, podremos llegar mañana, antes del mediodía.

LUZ: ¡Madrugada, flojo! Aprende a trepar las piedras como esta cabra montera... neblina... ¿crees que no sé dónde está el sur?... puedo olerlo.

CLEMENTE AUGUSTO: ¿Qué te dijeron las viejas en Chachopo, Luz? ¿Qué te dijeron de María Elvia? ¿Saben dónde está la chamita?

LUZ: Van a llevarme con ella, esta misma semana me llevarán a hablar con mi hija.

CLEMENTE AUGUSTO: Esta semana estarás en Apartaderos, Luz...

LUZ: Mañana estaré en Apartaderos... ya al atardecer doy media vuelta.

CLEMENTE AUGUSTO: Eso es una locura, Luz, tres días caminando hacia el sur para llegar y dar la vuelta ¡no te va a aguantar el cuerpo, Luz!

LUZ: ¿Alguien lo invitó a usted? ¿Alguien lo obligó a venir?

CLEMENTE AUGUSTO: ¿Sabes por qué se fue de maracas José Antonio en la taberna? ¡Por engreído, por soberbio!

LUZ: ¿Y tu? ¿Sabes por qué nunca estarás en riesgo? ¡Por bolsa!

CLEMENTE AUGUSTO: Vamos... te quedas parada y quieres llegar temprano... vamos bajando ya esta cuesta...

LUZ: Me quedé mirando el vacío, Clemente Augusto... meses enteros pasé horas y horas mirando la noche, esperando verlo regresar. La neblina dibuja siempre la figura de José Antonio saltando la cerca... volviendo al hogar.

CLEMENTE AUGUSTO: No me gusta que andes sola en estos páramos ¿Acaso no tienes amigos, gente que te quiere? Vamos, Luz...

LUZ: Aquí en las cumbres, al menos, encuentro paz. Prefiero enfrentar al viento que a esa sociedad enferma y cómplice.

CLEMENTE AUGUSTO: Luz. Te quedarás conmigo... ¿con quien más?

LUZ: Todos los días estas mismas sombras me dirán dónde debo pisar para estar más cerca de los hijos.

CLEMENTE AUGUSTO: Pero al acercarte a uno... te alejas del otro... y así hasta el infinito, Luz.

LUZ: Si... eso es cierto.

CLEMENTE AUGUSTO: Yo te acompañaré a Chachopo a buscar a tu hija. Mira, Luz, te juro por la mismísima Señora de las Nieves, Coromotico, que mañana preparo dos buenos caballos y volvemos juntos.

LUZ: No creo que mi niña se haya ido por su propia voluntad ¡me lo habría dicho, Clemente Augusto! ¡Eso es lo que me llena de terror!

CLEMENTE AUGUSTO: Cerca del Pico del Águila hay un bodegón, vamos que el frío ya me carcome los huesos, vamos a beber café y miche, Luz.

LUZ: Quisiera poder llorar... pero... los ojos se empapan y el frío los pone rojos.

CLEMENTE AUGUSTO: Este viento frío no deja pensar. Ven, caminemos, Luz. Salgamos de esta cima inclemente...

LUZ: Clemente dice inclemente... ja, ja, acepto por haberme hecho reír. Cúbreme con esa ruana de ovejo.

CLEMENTE AUGUSTO: Cuidado, Luz... no podemos ir abrazados en esta pendiente...

LUZ: Agarra fuerte la cintura y baja... aprovecha ahora que te estoy dejando... ja ja ja, mira que esta cabra montera no se cae.

Escena 2:
Con Alpidio en la taberna

ALPIDIO: Clemente Augusto, Clemente Augusto... ¿Dónde está Clemente Augusto?

LUZ: Ha ido a alquilar unos caballos.

ALPIDIO: ¿Unos caballos?

LUZ: Si, caballos.

ALPIDIO: Mírate la cara, morada por el frío y la cabeza despeinada... ¡córtate esos pelos, madre! Eres la vergüenza del páramo.

LUZ: Me voy enseguida...

ALPIDIO: ¿Querías saber cómo estoy?

LUZ: Claro... hijo...

ALPIDIO: ¿Cómo voy a estar? Me mataron al padre y todavía tengo los brazos cruzados...

LUZ: ¿Y qué puedes hacer tu? Ocúpate de tu mujer y tu futuro hijo...

ALPIDIO: ¡Lo amarraron, madre, lo golpearon hasta matarlo!

LUZ: ¡No! Son habladurías... palabreos de la gente necia. Ya lo verás venir...

ALPIDIO: Lo mataron sin piedad... lo golpearon como a un saco de arena y lo dejaron en el suelo.

LUZ: ¡Baja la voz, Alpidio, niño! Estás cometiendo su mismo error ¡no se puede hablar! ¿Comprendes?

ALPIDIO: Soy un Caraballo, madre... y hablo... ¡Oigan paisanos!...

LUZ: ¡Shhhh cállate, Alpidio!

ALPIDIO: ¡Vayan a decirle al benemérito y a sus secuaces que aquí hay un hombre hecho y derecho!

LUZ: ¿Ganas algo haciéndome sufrir?

ALPIDIO: ¡Se muy bien quienes son los que se lo llevaron! ¡Los adulantes del general Gómez, van a caer como moscas!

LUZ: ¡Alpidio, muchacho! He viajado para advertirte y haces lo contrario. Puedes pensar como quieras... pero actúa como un hombre responsable...

ALPIDIO: ¡Juro en esta mesa de bar, que haré justicia con este brazo!

LUZ: ¡Dejarás viuda a tu mujer, insensato!

ALPIDIO: Lo siento, madre, pero no puedo dejar que los esbirros se paseen tranquilos estando yo vivo.

LUZ: Volveré la semana próxima.

ALPIDIO: Ya no sigas deambulando por los farallones, madre, la gente dice que estás demente, ida.

LUZ: ¿Y qué quieres? Debo buscar a tu hermana.

ALPIDIO: Déjala, ella lo quiso así.

LUZ: ¿Cómo puedes pensar eso...? Conoces a María Elvia...

ALPIDIO: Ven a casa. ¿No te cansas de andar por los montes?

LUZ: Me canso pero igual voy.

ALPIDIO: Cuando vuelvas, madre. Ya José Antonio habrá sido vengado y descansará en paz.

LUZ: Cállate, cretino. Y aprende a ser sensato.

Escena 3:

Sola. Luego con Clemente Augusto a cielo abierto.

LUZ: Subo para volar con las montañas, de verdad siento que las cumbres vuelan, como el caballo de Manaure observando el valle de Churuguara. ¡Y vuelo! ¡Debes verme, Clemente Augusto! Todo el aire golpeándome la cara. Mi nariz es como la proa que abre el espacio y mis brazos son alas que planean en este infinito de astros y de sombras. Dónde están los caballos que prometiste, Clemente Augusto, ya andaríamos por La Venta... Quien me manda a buscar un esposo idiota y un hijo imbecil, los dos muy machos, debieron gritar como todos ¡Sácalapatalajá! ¡Sácalapatalajá! Pero no, prefirieron la confrontación... ¡pendejos! Para oponerse a una fuerza, hay que ser fuerte también...

CLEMENTE AUGUSTO: Ésta, la del viento... es la mayor de las fuerzas.

LUZ: ¿Estabas aquí? ¡Mírame, Satán! Vieja y gastada, sobre todo gastada, soy la novia del abandono. ¡Mira qué espectáculo! ¿Me imaginas abrazada a un hombre, besándolo en la boca?

CLEMENTE AUGUSTO: Soy paciente con la mujer, igual que con la parrilla que se cuece a fuego lento.

LUZ: Eras robusto y fuerte, José Antonio, moreno y con ojos de gato... ¡cómo te habré amado, infeliz! Ahora me pretende un demonio que aparece y desaparece a su antojo.

CLEMENTE AUGUSTO: ¡Vamos, Luz! La noche del páramo no perdona al extraviado, lo castiga con su frío y amanece fulminado.

LUZ: ¿Quién eres tu en realidad?

CLEMENTE AUGUSTO: ¿No ves quién soy? ¿No has adivinado todavía? ¡Mírame, me yergo y levito! Puedo detener el tiempo, puedo elevarme con el viento hasta las cumbres y bajar en segundos al mismísimo socavón.

LUZ: ¡Vamos, cabrió! A ver si tu capa venerable, es capaz de hacer volar a esta gocha enloquecida.

CLEMENTE AUGUSTO: Según la gente del pueblo, tu cerebro está podrido, según ellos, tus pensamientos son ruinosos y desprovistos de todo juicio... ¡Cómo se equivocan! Eres el equilibrio y la eficacia... lo demás son calumnias.

LUZ: Deja la retórica, charlatán y ven a calentarme la espalda.

CLEMENTE AUGUSTO: ¡Agarrate fuerte! Que aunque a la capa le falten megas, volaremos dignos.

LUZ: Preñe bien la cintura, don Clemente Augusto... ahora ponga primera y suelte el croche.

CLEMENTE AUGUSTO: (*Volando*) Allá abajo ya se puede ver Chachopo. Te dejaré en la calle principal y desde allí buscarás el prostíbulo donde trabaja María Elvia.

LUZ: ¡Demonio de mil cabezas! Han esclavizado a mi muchacha y en lugar de arengar contra los que la secuestraron, dices simplemente que ella trabaja allí.

CLEMENTE AUGUSTO: Es un trabajo como cualquier otro, Luz. No quise ofenderte. Dile que venga contigo, haremos una familia... Ya hablaré con Alpidio para que deje sus pistoladas...

LUZ: Aterrizá, macho cabrío, déjame a la entrada del pueblo, no quiero que los parroquianos me vean aterrizar, pueden pensar que perdí el juicio.

CLEMENTE AUGUSTO: Aquí, entre estos bejucos te despido.

LUZ: Eres un caballero, Clemente Augusto... o como te llames.

CLEMENTE AUGUSTO: Así mismo... te espero... ¿te sigo?

LUZ: No te vayas muy lejos, voy con miedo y presiento que me harán sufrir.

CLEMENTE AUGUSTO: Ya sabes que no te abandono ¿cómo hacerlo?

LUZ: ¡Ya, calla, demagogo!

CLEMENTE AUGUSTO: Voy tras de ti, Luz, no te pierdo pisada.

LUZ: ¡Ja ja! Deja la vaina, Clemente Augusto...

Juego musical:

Luz y Clemente Augusto, juegan al escondite, él la asusta, ella gira, corre, ríe, él vuela y ella lo busca, le grita mientras desaparecen lentamente.

Primera estrofa canta Luz, segunda Clemente Augusto.

Todo da vueltas
todo va y viene
vuelan los trapos
y mi atavío
resoplan, braman
también retumban
si río y lloro,
si lloro o río.
Vengan a ver
la loca canta
grita y aúlla
con fuerza y brío.

Todo da vueltas
todo va y viene
vuelan los trapos
y tu atavío
Juegos de brisa
tejen tus manos
trenzando el aire
en libre albedrío.
En tierno juego
giran los pies
sobre en las piedras
va tu extravío.

Escena 4:

En el serrallo.

Luz abajo, arriba, tras la ventana enrejada está María Elvia.

Clemente Augusto aparece por momentos.

MARÍA ELVIA: Clemente Augusto, Clemente Augusto... ¿Dónde está Clemente Augusto?

LUZ: Por ahí debe estar, no me abandona nunca, hija. Te juro que no estoy sola, en lo que venga te lo presento...

MARÍA ELVIA: Tienes hambre... se te ve tan demacrada... déjame decirles a las muchachas que te preparen comida...

LUZ: No hace falta, ya comeré yo...

MARÍA ELVIA: ¿Sabes algo de papá?

LUZ: Ya no volverá, hija y tu hermano está tan loco... me da miedo, María Elvia, me paso el día temblando ¡me he quedado sola, María Elvia!

MARÍA ELVIA: Madre... ¿qué puedo hacer yo desde esta prisión?

LUZ: No es posible, tú eres mi hija... tengo derechos...

MARÍA ELVIA: Madre... olvida a esta hija, así será más fácil para todos.

LUZ: Clemente Augusto será como un padre para ti, es tan bueno y comprensivo... ¡míralo, ahí llega!

Clemente Augusto llega volando, se posa cerca de Luz y observa callado a las mujeres.

MARÍA ELVIA: ¿Quién llega, madre?

LUZ: Míralo, es tan elegante... será como un padre para ti... seremos una verdadera familia, María Elvia.

MARÍA ELVIA: Y... ¿dónde está él?

LUZ: ¿No lo ves?

MARÍA ELVIA: Dime hacia dónde está.

LUZ: Aquí... frente a ti. Tendremos una casa grande en La Toma, conejos, remolachas, fresas, gallinas...

CLEMENTE AUGUSTO: ¡Sácalapatalajá! ¡Sácalapatalajá!

LUZ: ¡No es momento para bromas, Clemente Augusto, qué va a pensar mi hija de ti ¿Qué eres un demente?

MARÍA ELVIA: Con quién hablas, madre...

LUZ: Allí está... ¡estás o no estás, Clemente Augusto! Termina de verlo, hija, míralo, es elegante y tan cordial... ¡háblale, dile lo que me repetiste tantas veces! ¡La familia!... dile que estaremos nuevamente juntos, Clemente Augusto.

MARÍA ELVIA: Madre, debo irme, me están llamando. Ve con Alpidio, él te necesita más que yo.

LUZ: Si, Alpidio... allá iré hijita, eso está al sur, conozco de memoria el camino hacia allá... el norte también, sólo me propongo verte, te imagino y tú me muestras el camino ¿ves cómo llego? Incluso de noche... el páramo ya no tiene secretos para mí... aunque hoy me dieron un empujoncito... no lo creerás... la capa de...

Hace ademanes mostrando los puntos cardinales.

MARÍA ELVIA: Debo irme, mamá, van a castigarme si no obedezco.

LUZ: Cuídate, María Elvia, chica... le diré a tu hermano que te vi tan linda ¡Vendremos a buscarte, hija! Toda la familia vendrá a buscarte.

MARÍA ELVIA: ¡Adiós, madrecita!

LUZ: Adiós... (*a Clemente Augusto*) qué miras tú, indecente, diciendo pistoladas en lugar de presentarte debidamente, loco, loco. Ahora estoy enojada. Enfilo hacia el sur ¡viento en popa a toda vela!

CLEMENTE AUGUSTO: Señora, tenga la bondad de permitir que la acompañe.

LUZ: Vete, ahora no te quiero ¡fuiste muy grosero con María Elvia!

CLEMENTE AUGUSTO: Ella no me hubiera escuchado... no valía la pena... ¡vamos al páramo, Luz!

LUZ: ¡Si! Al páramo, amor mío. Donde el viento pueda borrarle esta mueca de dolor que tengo pegada en todo el cuerpo.

CLEMENTE AUGUSTO: Acércate, Luz, ya se agita la capa al saberte cerca ¡mírala! Quiere salir volando.

Luz se acerca a Clemente Augusto, quien la cubre con su capa y salen volando con un resoplido.

Escena 5:

Sola en el páramo.

El juez le habla desde otro lugar, en otro momento.

LUZ: Me dejas y te desapareces repentinamente, Clemente Augusto, ya mi lindo Alpidio no pertenece a este mundo, voló a vengarse y siguió volando... ¿Sabes, Clemente Augusto? Querían interrogarme... tuve que salir corriendo y eso me ha agitado. Voy a sentarme en estas piedras a esperarte ¡avísame al llegar! Ja ja.

Luz habla como borracha, sin exagerar el tono. El Juez interviene interrumpiéndola y cada vez lo hace golpeando par de veces el martillo.

JUEZ: Abandono del hogar. Se la ha visto deambulando, muchas veces hablando sola y caminando al azar.

LUZ: Con los ojos clavados en las nervaduras de los cardos, en la cara blanquecina de las hojas de los frailejones. Todos los días el sol... y siempre estas mismas sombras que me insisten, que me empujan... para estar más cerca de mis hijos ¡ya basta!

JUEZ: Prevaricato. Inexcusablemente, ha dejado de lado sus deberes de madre y viuda.

LUZ: Ya estas muerto tu también, Alpidio, hijito mío. Heredaste la torpeza de tu padre de decir siempre lo que siente ¡No podías cerrar el pico, gran necio!

JUEZ: Infidelidad agravada y estulticia. Muchos la han visto hablando sola y riendo y el que ríe solo...

LUZ: Debieron haberse cansado mis hijos de una madre así, debieron sentirse avergonzados de esta mujer andrajosa.

JUEZ: Uso irregular de la vía pública. Impudicia premeditada. Se la ha visto obstaculizando el tránsito caminando por el medio de la ruta. Presencia mendigante en lugares concurridos.

LUZ: Tanto que me has querido, Clemente Augusto... ¡y eres incapaz de volar a mi lado en el desfiladero! ¡Deberías alcanzarme y agárrame fuerte si quieres besarme! Ja ja, ¿dónde te has metido, chico?

JUEZ: Agresividad injustificada, proscrita y en situación de fuga. Ha golpeado ovejos, cabras y otros animales mientras pastaban.

LUZ: No eres tan robusto y fuerte como José Antonio, moreno sí, aunque no tienes los ojos de gato... ¡pero te haces querer tanto, infeliz!

JUEZ: ¡Encierro, corte de cabellera al rape e higiene forzada! Pasea su olor nauseabundo entre las multitudes sin aparente vergüenza.

LUZ: *(Está sola)* ¡Llegaste, Clemente Augusto! Esta vez me has hecho esperar, muchacho ¿Cómo?... ¿Qué a dónde quiero ir? *(Señala hacia arriba, hacia el páramo)*

JUEZ: ¡Captura, cumplimiento de encierro y trabajos forzados! Habiendo tanta necesidad de trabajos rudos, esa energía bien puede ponerse al servicio del colectivo.

LUZ: Vamos al sur. Allá en Apartaderos está el cuerpo de Alpidio ¿quién puede cambiar las ideas fijas de un obcecado? Ni muerto que esté.

JUEZ: *(La tutea)* Estulticia, necedad. ¡Terca! ¡Se te ha dicho tantas veces que entres en juicio!

LUZ: Vamos al sur y después volvemos al norte. Vamos de norte a sur y de sur a norte, estemos allá y aquí... ja ja ja.

Escena 6:

Sola en la cima. Acercándose al público y frente a él, como avanzando.

LUZ: Prófuga y errabunda. A este piso de peñascos lo conozco de memoria. Habré pasado por estas quebradas no menos de cien veces. Fugitiva y desertora, abandonada de esposo, hijos y amantes no me queda otra que inventar un nuevo sendero. Siempre fui de sur a norte y de norte a sur... ahora parto rumbo al oeste como empresa fascinante... o al este, siguiendo el ocaso, si, los últimos fulgores del resplandor astral... que la mañana me agarre de espaldas... que el rocío me alivie la cara. Que los labriegos me usen para sus fines más ruines, total... voy de despedida, mirando el horizonte del mundo, con este nudo en la garganta por lo mío y con lágrimas de agradecimiento por haber podido contemplar esta geografía delirante.

La imagen de la muerte se presenta. De riguroso negro y firme en la distancia. Mira directamente hacia Luz. Luz ve en ella, a su amigo.

LUZ: ¡Llegaste, Clemente Augusto, chico! Qué fácil se te hace olvidar a la amiga, con qué ligereza te desmarcas, condenado... ¡espérame, Clemente Augusto! No vayas a volar sin mi esta vez, mira que voy de retirada... ¿No ves que no tengo a nadie más que a ti, amorcito? Deja la cara larga y ayuda a tu pretendida... ¿no vas a envolverme en la capa voladora? Ven, sinvergüenza, ahora sí es verdad que soy toda tuya. Tuya y del viento. No te imaginas cómo empezaste a hacerme falta, Clemente Augusto, chico.

La envuelve y desaparecen

TELON

Fin de
LOCA DE VIENTO
Octubre de 2008

LA COLECCIÓN DEL PEREGRINO

*Tragedia sórdida en ocho partes
de Daniel Di Mauro*

Sigo, a partir de una nota periodística aparecida el 2 de octubre del 2005 en el diario “La Hora” de Porlamar sobre: “La Hija del Tirano”, leyendo todo lo que llega a mis manos sobre la epopeya trágica de este hombre atormentado quien como muy pocos recorrió caminos, montes, ríos y mares, persiguiendo una suerte esquiva con perseverancia y pasión sin límites.

En agosto y gracias al patrocinio de Iberescena, volvimos a la isla con el propósito de indagar sobre mitos y leyendas que se tejen sobre la imagen de tamaño personaje.

LA COLECCIÓN DEL PEREGRINO

Tragedia sórdida en ocho partes

PERSONAJES:

*Tirano Aguirre - Elvira - Torralba - Gobernador - Sacerdote
Don António de Villena - Antón Llamoso y Custodio Hernández*

PRIMERA PARTE

Remando en el Delta Amazónico

TIRANO: ¡Remen, marañones! Aguijoneen el lecho de este río infernal con las estacas de roble... el mar debe estar en algún sitio, coño... ya con ésta, cuento seis mil islas... y todas ellas rodeadas de agua dulce... en este laberinto infernal, perecería extraviado cualquier ejército, carcomido por las alimañas que lo habitan...

¡Escúchame, rey de España! ¡Truhán! ¡Eres un cobarde, un miserable!... ¿me oyes? ¡Feliz príncipe Felipe! Hijo de Carlos V y afortunado acreedor de los hijosdalgos que luchan por ti en estas tierras... sin un ápice de gratitud de tu parte.

¿Te gustaría saber lo que hacen tus vasallos en estas tierras? ¡Pues nada de lo que te cuentan tus oidores! ¡Nada!... todo lo contrario... tú premias a los que torturan, matan... y se hacen adorar por un pueblo atormentado por el terror que infunden tus armas... tus sacerdotes sólo predicán y ofrecen parabienes a quienes pueden pagarlos... ¡por eso he tenido que matar a muchos! ¡Que vayan de una buena vez a ese cielo que pregonan!... para mí... sólo se nace y al final se muere... y eso es todo... y agradécelo, patirrey, porque si hubiese infierno ¡derechito irías a él! Y poblado estaría de reyes ya que al igual que cualquier demonio, siempre se han hartado de sangre y sudores humanos.

¡Te preguntarás qué llevo en este cofre!... Aquí traigo mi único tesoro, ya te contaré lo que contiene, pero antes apunta bien lo que digo, que después de 20 años trajinando el nuevo continente para mantener sanas tus prosaicas posaderas en el trono, nada material tengo. He perdido mi pierna derecha peleando contra insurgentes en el Alto Perú y en el Río de la Plata y... ¿qué puedo dejarle a mi hija para asegurar su futuro?... ¡Nada!

¡Mírame luchando, Felipillo imberbe! ¡Cojo, tuerto y con los dos brazos quemados por arcabuzazos! Mientras tú te apoltronas y recibes las riquezas que se saquean a diario en este continente delirante.

En este cofre traigo mi colección más preciada y cuando llegue a España con mis marañones nobles y leales, incluiré en él, nada más y nada menos, que tu cabeza con todo y corona... ¡ese será mi mejor trofeo para una colección sin igual!

¡Si! Aquí dentro traigo parte esencial de los malvados, puercos lujuriosos, que se aprovecharon de tu ingratitud y estupidez para mancillar la dignidad de esta gente de paz.

¡Vamos, Marañoses, no bajen el ritmo que el Amazonas nos traga!

Me dicen el traidor... y lo soy... a mucha honra... ya que no me gusta adular al pitirrey y a sus secuaces de indias... mi nombre es Lope... Lope de Aguirre ¡Capitán General de los Marañoses! Oriundo de Oñate, zona Vascongada del Cantábrico, desheredado y expulsado del hogar paterno, domador de potros salvajes y estrategia de guerra, sofocador profesional de rebeliones... luché en Las Salinas, en Chupas, en Cuzco, en las guerras civiles del Perú, en Jaquijaguana y en las llanuras del sur... en Chuquina me hirieron las piernas y los brazos y todo esto sirviendo a la corona... pero el rey... después de semejantes servicios... en lugar de premiarme con honores... me manda por orden del virrey del Perú, a una expedición absurda por la tenebrosa selva virgen a buscar lo que sólo existió en la imaginación de los aborígenes, al mando del inepto afrancesado Pedro de Ursúa, a quien nadie podía despegar de su novia reclutada en Trujillo, doña Inés de Atienza, viuda y follona, hermosa y cruel... ¡aquí en mi cofre están todos ellos representados! Como lo peorcito de España en el nuevo mundo. Aquí guardo sus osamentas ¡Ya te las mostraré, reyezuelo! Cuando salga de este infierno laberíntico de calor agobiante, de insectos brutales y animales despiadados. ¡Remen, marañones! No permitan que el agua se nos ría en la cara ¡vamos, hijosdalgos! Juan Jerónimo, Diego, Nuflo, Juan, Custodio, Pedro, Cristóbal... ¡Azoten a los flojos que disminuyan el ritmo! Esta noche comeremos caimán, lapa, chigüiro y delfín y ya mañana seguiremos buscando la forma de salir de este delta... o río... o lago infinito de infinitas lenguas y brocas.

¡Esos dos! ¿Qué tanto dicen en voz baja? ¿Qué secretean? ¿Acaso no tengo prohibido el mirar de reojo, la risa disimulada, la voz clandestina, el cuchicheo furtivo? ¿Acaso en esta barca de forajidos no está prohibida la intriga, la conspiración y la deslealtad? ¡Pagarán la maquinación con sus cabezas innobles! ¡Por engañar al hereje, al traidor, al peregrino! (*sablazos al aire con iracundia*).

¡Ahora sí, marañones! La conspiración ya fue sofocada, los traidores teñirán brevemente las aguas.

ELVIRA: Padre... la sangre... de Alonso y de Cornelio... ¿Era necesario?

TIRANO: Pusieron sus narices donde no debían.

ELVIRA: Sus ojos, padre...

TIRANO: También están muertos.

ELVIRA: Me miraban mientras las aguas tragaban sus cabezas.

TIRANO: Y eso fue lo último que vieron, viajarás en su retina eternamente.

ELVIRA: Alonso era mi amigo. Talló mi nombre en los maderos de la cabaña de proa de la balsa...

TIRANO: Ahora morderá el vientre de los caimanes (*Sale*)

ELVIRA: Pedrarias era mi amigo... le gustaba hacerme reír, me contaba historias de princesas y dragones... me sujetaba fuerte del pelo cuando me hacía el amor.

SEGUNDA PARTE

Agasajos en el puerto de Paraguachi

GOBERNADOR: Esos que amarran las sogas en el muelle son españoles, hijos de Aragón, Asturias, León, Castilla y las tierras vascongadas.

SACERDOTE: Es peligroso, excelencia, la codicia y la ambición han hecho verdaderas fieras de esos hombres.

GOBERNADOR: Son de los nuestros... serán agasajados debidamente, deben estar extenuados, hace ya un año que iniciaron, subiendo desde el Perú, la búsqueda del Dorado, es posible que el bodegón de ese bergantín, esté atiborrado de riquezas.

SACERDOTE: ¡Mire, mire cómo atraviesa a sus hombres! ¿Cuál es la naturaleza de ese capitán de navío?

GOBERNADOR: Es que... aparentemente... no quieren quemar los barcos... se niegan a echarles candela ¿No es interesante?

SACERDOTE: Están forrados en llagas, callos y costras de cicatrices, yo no me acercaría a ellos, se ve a la legua que son aviesos y no tienen misericordia...

GOBERNADOR: ¿Y cual es la tuya, cura párroco? Si alguien necesita misericordia hoy, son ellos, los que cumplen la misión de nuestro amado Felipe II de encontrar los mayores tesoros de este nuevo mundo.

SACERDOTE: ¿Y aquello que cuelga de los mástiles... no son cabezas?

GOBERNADOR: ¡Já! Qué curioso adorno, parecen máscaras trágicas para amedrentar a los que se amotinen.

SACERDOTE: No son máscaras, Juan Sarmiento, son cabezas humanas incrustadas en los mástiles y en los pilotes de la balastrada.

GOBERNADOR: ¡Ya, padre! Está empezando a ponerme nervioso... ¡ya déjeme rendirle al capitán, los honores de rigor! Y recuerde que ante todo soy un caballero.

SACERDOTE: ¿Ese es el capitán? Ese que se acerca sonriendo ¡mire! Trae armas de todos los calibres ¡casi no puede con ellas!

GOBERNADOR: ¡Es un guerrero! ¿Qué quieres? ¿Qué llegue a puerto con flores y dulcería manchega? ¡Es un guerrero!

SACERDOTE: No me gusta ese rostro, excelencia, esos ojos no parecen humanos.

GOBERNADOR: ¡Cobarde! ¡Con qué facilidad ves al diablo!

SACERDOTE: Trae un arcabuz en su diestra y con la siniestra va desenvainando la espada. Rompe los tablones del muelle con sus pasos de asesino. Hace girar espadines y dagas en el aire para arrojarlos con fuerza inaudita hacia nosotros.

AMBOS: ¡Ahhhhhh! (*Caen decapitados*)

TERCERA PARTE
Organizando la colección en Margarita

TIRANO: (*Va colocando cada cabeza en su pedestal. Las cabezas son de trapo y están rellenas con arena y aserrín. Los pedestales son once en total.*) Este es el juez Esquivel, perverso y despiadado me azotó cien veces la espalda. Dos años caminé descalzo subiendo a Piura y volviendo al Cusco, para recordar que debía matarlo... lo acuchillé una noche mientras dormía, a pesar de todas sus precauciones.

Este es Pedro de Hinojosa ¡corregidor! Y no gobernador como se hacía llamar. Quiso colgarme en plaza pública pero yo lo colgué a él... ensarté su cuerpo en un gancho... a su cabeza quise conservarla y como buen navarro aguantó la putrefacción, pues recién aprendí a momificar cabezas con el diablillo Mandrágora, en Mechifaro, donde desemboca el Putumayo y los nativos cuelgan a sus rivales de los árboles.

Aquí está don Pedro de Ursúa, baboso afrancesado de lujuria extrema. Todo el día en furioso ajeteo con la viudita Doña Inés de Atienza, mientras la expedición exigía un líder atento y precavido. Los decapité a los dos mientras follaban y guardo celosamente sus empolvadas cabezas.

Miren a Fernando de Guzmán... lo nombro gobernador y tiene la osadía de creérselo. Él debió asumir que quien daba las órdenes era yo... ¡tú serás Príncipe de Tierra Firme! Y el muy infame empezó a caminar como un auténtico príncipe, entonces le dije: Tú eres príncipe de tierra firme, pero en estas aguas selváticas y tierras pantanosas, date por muerto... lo decapité de un solo sablazo.

Este es el cura Henao, gran sinvergüenza, ambicioso y cruel en extremo, al ver muerto a Fernandino, inició una conspiración ofreciendo a mis marañones, terrenos celestiales y otros bienes, pues lo pasé por la daga a él y a todos los que prestaron atención a sus infundios.

A éste lo voy a colocar en lugar distinguido, don Juan Sarmiento de Villandrando, éste sí gobernaba... éste sí era gobernador en la isla Margarita, luterano de creencia y muy inclinado a tener asesores de cualidades germánicas... a todos los degollé, maté al capitán de su guardia, a cuatro generales y a su mayordomo, a un capellán, a un clérigo de misa... y a una mujer... a ella también la traigo conmigo, aquí está... y la pondré al lado del gobernador aunque no era su esposa... doña Ana de Rojas, mujer sumamente peligrosa, de inmediato adivinó mis intenciones de organizar la isla y comenzó a liderar la resistencia... incluso trató de envenenarme con buñuelos....

Otras reliquias como éstas, estarán mejor alimentando a los perros que en mis pedestales... y verás que sobran dos, rey Felipe, uno de ellos será para sujetar la cabeza del demonio que caminó conmigo desde el Perú, y ahora me persigue, don Antonio de Villena y el último tendrá, pitirey, el honor de sostener tu cabeza con todo y corona. Cuando te tenga entre mis trofeos, te modelaré una sonrisa en los labios, la misma sonrisa estúpida con la que oyes

a los mentirosos que te cuentan sus penurias en el nuevo mundo, arrojando al suelo, lágrimas arteras... ¿Y tú... qué espías?

ELVIRA: Padre, haga con el rey lo que quiera... pero vengo a suplicarle por la vida de don Antonio, él es noble... y ya usted sabe que lo amo...

TIRANO: Cuando me hablas así... simplemente... me defraudas.

ELVIRA: ¡Prométame, padre!... que no le hará nada.

TIRANO: Muchacha tonta... escasa de pensamiento... ¿no te he traído desde los dominios del Alto Perú hasta esta isla del mar océano? Atravesando ríos, pantanos y emboscadas de tribus antropófagas... ¿Acaso te ha faltado algo? ¿No me he desvelado para cobijarte en las noches y para protegerte de las lanzas y los insectos?

ELVIRA: ¡Ay, padre, que voy a desfallecer! Los oscuros pensamientos, las dudas y desconfianzas, los gestos agazapados y las heridas brutales han sido mi alimento y siento que mi alma se corrompe estando expuesta a esos odios.

TIRANO: Anda a tu hamaca y duerme... verás que la luz del día te borra las preocupaciones.

ELVIRA: ¡A él no, padre! A Antonio no le haga daño. (*Sale Elvira*)

TIRANO: ¿Y entonces? Debo mirar cómo su espada me atraviesa. En realidad no lo amas... Más de la mitad de mis hombres me abandonaron para rendirse a él... y el muy astuto menea la proclama de Felipillo garantizándoles seguridad y honores... ¡les mienten!

ELVIRA: (*Desde afuera*) ¡Lo amo, lo amo!

TIRANO: ¡No lo amas!... Te seducen sus ademanes dulzones y afeminados... su uniforme pulcro, su voz acaramelada y su espada con incrustaciones de pedrería preciosa y entorchados de bronce... ¡pero él es nuestro enemigo!

ELVIRA: (*Desde afuera*) ¡Nooooo!

TIRANO: Nos persigue como sabueso que es... y no dudará en borrarlos de la faz de la tierra ¡No quiero, Elvira, hija mía, que seas débil! Que le entregues tu corazón.

ELVIRA: (*Desde afuera*) ¡Lo amo más que a mi vida!

TIRANO: ¡Mentiras!... Mientes... te mientes a ti misma... no nació la hija del Tirano... para andar por el mundo... amando.

CUARTA PARTE *Hablan los fieles*

CUSTODIO HERNÁNDEZ: Que el Tirano leyera la carta del rey... fue su mayor descuido, los marañones se acogen al indulto y saltan la talanquera con afán de paladines.

ANTÓN LLAMOSO: Juan Jerónimo y Roberto de Coca también se fueron... anoche... le dieron la vuelta al fortín y se entregaron al ejército real.

CUSTODIO HERNÁNDEZ: Ya sabía que este era el fin, no creo que negocie... es el mayor de los necios...

ANTÓN LLAMOSO: ¿Por qué no lo abandonas tú también?

CUSTODIO HERNÁNDEZ: ¿Llegar agazapado... pidiendo clemencia? No nació Custodio Hernández para esas cursilerías.

ANTÓN LLAMOSO: Pero lo odias, de eso estoy seguro. Mejor agarra tus aperos y vete. El ejército está aquí cerca.

CUSTODIO HERNÁNDEZ: Pero no vendrán, le temen más que a la lepra.

ANTÓN LLAMOSO: Lo único que esperan es la ayuda, aquí dentro, de una mano amiga.

CUSTODIO HERNÁNDEZ: Tal vez termine siendo yo.

ANTÓN LLAMOSO: Por qué no, Blas Gutiérrez y Diego de Torres, sus hombres de confianza lo dejaron hace varios días... yo hubiera jurado que tú te ibas de primero.

CUSTODIO HERNÁNDEZ: Pues ya ves que no.

ANTÓN LLAMOSO: ¡Quieres a Elvira! ¿Vas a llevártela contigo cuando todo acabe?

CUSTODIO HERNÁNDEZ: No me interesa ella, ya hay afuera un capitán que espera su seña para venir a fornicarla.

ANTÓN LLAMOSO: Don Antonio de Villena... yo también tenía mis sospechas.

CUSTODIO HERNÁNDEZ: Ya los he visto juntos... míralos, las sombras son sus aliadas y el traidor de Oñate esta vez, él será el traicionado.

ANTÓN LLAMOSO: ¿Es ella?

CUSTODIO HERNÁNDEZ: ¿Quién más, Llamoso? Si lo sigue besando de ese modo, corre el riesgo de morir asfixiado.

ANTÓN LLAMOSO: Espiemos, Custodio, y tratemos de escuchar lo que dicen esos buenos amantes.

CUSTODIO HERNÁNDEZ: Como ves, mi trofeo no es ella, mejor quisiera... algo que pueda llevar en mis manos...

ANTÓN LLAMOSO: Óyelos, entre beso y beso también hay palabras... que quiero escuchar.

CUSTODIO HERNÁNDEZ: No vayas a pretender atravesarlo. Tal vez en unas horas, sea él quien salve nuestras vidas.

QUINTA PARTE

Los amantes conspiran

ELVIRA: Cuando salimos de Valencia, pensé que ya no llegaríamos al Tocuyo. Los marañones estaban extenuados... pero esos hombres parecen de acero.

ANTONIO DE VILLENA: ¡Y tú! Me imagino que nada habrás comido en varios días.

ELVIRA: No sé cómo hace mi padre, pero si hay un mendrugo de pan, me lo entrega sin dudar. Valencia estaba vacía, sus pobladores se sumergieron en el lago llenos de espanto ante la noticia de nuestra llegada.

ANTONIO DE VILLENA: Tú eres lo único que el asesino ama y respeta en el mundo... tú eres lo único que lo salva.

ELVIRA: Bésame, malvado, hace varios minutos que me miras sin besarme ¿estás loco?

ANTONIO DE VILLENA: (*La besa largamente*) Mañana será la entrada, nos acercaremos bajo la luz del mediodía para que la multitud de soldados lo amedrente.

ELVIRA: ¡Tú no vengas con ellos!... Si te alcanzara una bala mi corazón se hundiría en las tinieblas.

ANTONIO DE VILLENA: Vendré, amor, nada me pasará y entonces podremos estar juntos para siempre.

ELVIRA: Me siento dichosa, Antonio amado... sólo temo que la muerte de mi padre sea violenta y cruel.

ANTONIO DE VILLENA: No hablemos de eso ahora, mañana beberemos largamente de nuestras bocas y el futuro será largo y fértil en hijos.

ELVIRA: Amado mío, dame el último beso antes de que la noche te oculte en su manto.

ANTONIO DE VILLENA: (*La besa*) ¡Corre! Y esta noche sueña, sueña mucho que tus sueños... muy pronto serán realidad.

ELVIRA: Mi mano elevada al cielo será la señal... ya casi nadie hay en las almenas, en los caminos de ronda y en la atalaya. ¡O mejor! Yo misma abriré los portones.

SEXTA PARTE

Elvira y su guardiana

TORRALBA: ¡Véase la cara! ¿De dónde llega?... a leguas se vé que vienes de dares y tomares, mírate nomás la agitación.

ELVIRA: ¡Torralba linda! Lo he visto y lo he besado y sus besos fueron idénticos de apasionados que allá en Borburata. Ahora sé que me ama.

TORRALBA: Te arriesgas demasiado, Elvira, si tu padre o alguno de los pocos hombres que le quedan te vieran con él, los atravesarían a ambos en un instante.

ELVIRA: ¡El amor es así, Torralba! Te lleva de los cabellos y tú ni siquiera tienes voluntad para negarte... me veo corriendo por los zaguanes y aunque me desconozco me dejo ir y si muero en el camino... estará bien, Torralba. Estos aires tocuyanos hacen palpar la vida, quisiera estar desnuda, arrojada en los maizales y verlo venir... loco de deseo...

TORRALBA: Muchacha loca... tienes a quien salir, tu corazón es como una bomba que cada segundo explota y va estallando en un camino interminable de locura.

ELVIRA: No dirás nada ¿verdad?

TORRALBA: Que lo ames no es pecado... pero recuerda siempre que estás traicionando a tu padre y que tu traición significará su muerte.

ELVIRA: Sólo la adelantará, Torralba, él sabe y siempre supo que este obcecado enfrentamiento con el rey, tarde o temprano lo llevaría inexorablemente, a la muerte.

TORRALBA: Cuándo entrarán a la fortaleza.

ELVIRA: Mañana... mañana al mediodía... yo misma abriré los portones.

TORRALBA: Ahí viene, lo mejor será que me vaya.

ELVIRA: Quédate cerca, me siento más segura contigo cerca de mí.

TORRALBA: ¿Detrás de las cortinas?

ELVIRA: Si.

SÉPTIMA PARTE
Traidor, peregrino y parricida

TIRANO: Pasan las horas, hija, y mis hombre abandonan la contienda como ratas cuando el barco hace aguas.

ELVIRA: ¿Y la vigilancia?

TIRANO: Me quedan veinte o treinta hombres a lo sumo, con las mejores armas apostados en los puestos de centinela, están apertrechados pero no soportarán un ataque sostenido de las tropas de Antonio de Villena.

ELVIRA: El rey perdonará la vida de los marañones... pero no la suya, padre. Debería entender que aquí se acaba todo.

TIRANO: Podría huir... pero estás tú, lo que más amo en este mundo hostil y despiadado. Mi padre me desheredó porque mi hermano lo adulaba y desde entonces he deambulado solo por esta tierra que se me hizo desenfadada y brutal.

ELVIRA: Tal vez si pidiera la gracia del rey...

TIRANO: ¿La gracia de quién? Que el gandul perdona a sus iguales de tanta depravación y crimen. Este continente posee dimensión y riquezas nunca imaginadas en Europa... a nadie gusta tanto alimentarse de la sangre humana, como esa estirpe coronada, holgazana y apática. Este continente debe ser libre, Elvira ¡basta ya de trabajar y sudar para engordar a los holgazanes del viejo mundo!

ELVIRA: El rey representa el poder, todo el imperio se inspira en su imagen.

TIRANO: Si, y mira el imperio que tenemos. Gobernadores ineptos que sólo piensan en robar, curas que son piadosos solamente con los que pueden cubrir sus honorarios ¡que a los pobres ni enterrar quieren! No quiero el perdón del rey, ingrato y ruín, que nunca valorará el trabajo de los pioneros ¡que se guarde su amnistía!

ELVIRA: ¡Pero es la vida!

TIRANO: No me importa ella. Tal vez nunca me importó.

ELVIRA: ¿Y cómo va a cuidarme estando muerto?

TIRANO: Precisamente... quería pedirte que... te encomiendes a Dios, hija mía, porque te voy a matar...

ELVIRA: ¿Por qué, señor?...

TIRANO: Ellos llegarán con sus descargas y... no quisiera verte, hija amada, vituperada, irrespetada y violentada por ser... la hija del traidor.

ELVIRA: ¡No lo haga, padre! Recuerde que Antonio está entre ellos, él me defenderá y exigirá respeto para mí.

TIRANO: ¡Nada de eso! El será el primero en burlarse y arrojarte al escarnio ¡El te utiliza! ¡Conozco muy bien a esa clase de lisonjeros!

ELVIRA: ¡Padre! Tengo apenas quince años... quiero vivir...

TIRANO: Pero no podrás...

ELVIRA: ¿Cómo va a matarme?

TIRANO: Con uno de mis arcabuces... ya que la daga, es para mí.

ELVIRA: No haga eso, padre, se lo ruego...

TORRALBA: (*Entrando*) ¡Dame aquí esa arma, Lope de Aguirre, tirano, traidor y peregrino! Serás lo que quieras ser, pero asesino de tu hija no lo voy a permitir.

TIRANO: ¡Dame acá, Torralba!

ELVIRA: ¡Nada, no le des nada! ¡Que me mata!

TIRANO: ¡Dame acá te digo!

TORRALBA: (*Mientras sale corriendo*) Antes de dártelas te disparo al pecho, inhumano.

ELVIRA: ¿Para qué empuña la daga, padre?

TIRANO: Esto ya lo he decidido y aunque me sea doloroso ¡ya estás muerta, Elvira!

ELVIRA: ¡Antonio, Antonio! Que mi padre me degüella...

TIRANO: (*La acuchilla, corta su cabeza y la coloca en uno de los pedestales reservados a Antonio de Villena*) ¡Hija! Mis manos de fuego han quemado todo lo que han tocado... ¡y aquello que amaba de verdad! También lo he

quemado... así, como se quema la basura en los cañadones, como se queman los campos en los veranos, así irá en ráfagas de fuego, tu ser inmaculado y casto a llevar su energía a los bosques infinitos de esta tierra virtuosa ¡porque el cielo no existe, hija mía! Porque en esta tierra que habitamos sólo se nace y se muere... y nada más...

OCTAVA PARTE
Custodio se cura en salud

TIRANO: (*Golpean la puerta*) ¡No entren... prohibido está entrar! (*Va vociferando mientras con la daga va destruyendo las cabezas que reposan en los pedestales. De dentro de ellas sale arena con aserrín que se riega por la escena*) ¡Antón de Oñate! ¡Corre a lo alto de la fortaleza y quema los cuatro pendones! Las dos banderas negras, la amarilla y la azul... que ardan en esta noche trágica como prueba de muerte y expiración ¡Úsalas de antorcha, Antón Llamoso! Y si eres lo bastante leal, arrójate con ellas ardiendo por el torreón mayor ¡Aquí se diluye mi hija y ya no saldré de esta habitación atroz y salvaje! Solo crepitaré aquí como fuego y como fuego corretearé los campos fértiles del Tocuyo amamantando pólvora y destrucción.

CUSTODIO: (*Entrando*) ¿Por qué grita, tirano?

TIRANO: Déjenme nadar en esta sangre amada. Déjenme beber estas gotas rojas. Déjenme solo con mi dolor.

CUSTODIO: Aquí traigo el arma que la Torralba arrojó al patio y ya te imaginarás lo que haré...

TIRANO: Está cargada...

CUSTODIO: Pues dos tiros te daré en el pecho.

TIRANO: ¡Hazlo, Custodio Hernández! ¡Que venga de una vez el fuego a devorar al peregrino!

CUSTODIO: ¡Que el fuego te lleve y te consuma! (*Primer disparo*)

TIRANO: Mal tiro... (*Segundo disparo*) ¡coño, ése si es bueno!

CUSTODIO: *(Le quita la cabeza y la coloca en el último pedestal, reservado al rey)*
Siempre quisiste ser rey y aquí estás al fin, en el lugar que le reservaste con
esmero. *(Sale)*

ANTÓN LLAMOSO: Estamos perdonados, Custodio, por haber dado muerte al
príncipe de la libertad, a la ira de Dios.
Tuvo la fuerza para transformar en fuego todo lo que tocó y fuego será hasta
la eternidad en las noches de Borburata, Valencia y el Tocuyo. Ya nuestras
banderas de sables cruzados son cenizas, fueron devoradas por los fuegos
fatuos, que seguirán ardiendo en los valles, hasta la eternidad.

OSCURO
con
llamaradas.

Fin de “La colección del peregrino”
octubre de 2008